

14.<sup>a</sup> EDICIÓN  
**Concurso de Relatos**  
2022



Todos llevamos  
una *historia* dentro

Relatos y microrrelatos finalistas y ganadores  
2021–2022



14.<sup>a</sup> EDICIÓN  
**Concurso de Relatos**  
2022

# Todos llevamos una *historia* dentro

Relatos y microrrelatos finalistas y ganadores  
2021–2022



Fundación "la Caixa"

**EDICIÓN:**

**Fundación "la Caixa"**

Diseño gráfico:

Cèl·lula, Acció Creativa

Ilustraciones:

Cèl·lula, Acció Creativa

CORRECCIÓN LINGÜÍSTICA:

SdC Solució de Continuitat

IMPRESIÓN:

Studium Talleres Gráficos

© de la edición, Fundación "la Caixa", 2022

Pl. Weyler, 3 – 07001 Palma

D. L.: B 23044-2022

# Índice

Presentación, por la Fundación "la Caixa" .....	7
Presentación, por Radio Nacional de España .....	9

## 2021

### Primeros premios 2021

No somos nada.....	15
¡Por fin en casa! .....	21

### Relatos finalistas 2021

Anxo .....	25
El amigo francés .....	31
El catalejo.....	39
La búsqueda .....	45
La caja fuerte.....	51
Las lágrimas silenciosas.....	53
<i>Peccata mundi</i> .....	59

Solo unas horas .....	65
Una historia con música de fondo .....	69

### **Microrrelatos finalistas 2021**

Habitación blanca .....	76
Melomanía .....	77
Sin título .....	78
Una tarde distinta.....	79

## **2022**

### **Primeros premios 2022**

¡Volved por mí!.....	83
Deseo cumplido .....	87

### **Relatos finalistas 2022**

Diógenes .....	91
El brillo de la seda .....	95
Entre páginas.....	99
Estas cosas ocurren .....	105
La noche del jueves.....	111
La señora loca.....	117

Noviembre en el menú .....	121
Órgano de fuego .....	127
Trozos de una vida.....	131

### **Microrrelatos finalistas 2022**

El viejo reloj .....	136
Nunca y siempre .....	137
Palabras .....	138
Santoral.....	139



# PRESENTACIÓN, por la Fundación "la Caixa"

*Todos llevamos una historia dentro.  
Relatos finalistas y ganadores 2021-2022*

El Programa de Personas Mayores de la Fundación "la Caixa", con más de 105 años de historia, tiene como misión acompañar a las personas mayores maximizando sus posibilidades de desarrollo personal y facilitando la construcción de relaciones de apoyo que generen oportunidades para la consecución de una vida plena y comprometida con su comunidad. Asimismo, pretende sensibilizar y hacer visible a la sociedad los intereses, necesidades, deseos e inquietudes de los mayores poniendo de relieve sus conocimientos, fortalezas y valores.

El Concurso de Relatos escritos por personas mayores pretende impulsar la participación y el papel activo de los mayores de 60 años en la sociedad, fomentando el hábito de la lectura, el uso de la imaginación y el desarrollo de la creatividad, al tiempo que visibiliza y pone en valor su experiencia y conocimientos. Sus relatos son el reflejo de experiencias vividas acumuladas a lo largo de los años, de sus valores y de cómo observan nuestra historia y nuestro tiempo.

La Fundación "la Caixa" agradece la colaboración de Radio Nacional de España y de *La Vanguardia*, que permite, año tras año, poder impulsar el concurso por toda la geografía española, así como a todas las personas mayores: autores y lectores, los verdaderos protagonistas.

El concurso empezó en 2009 con la participación de 374 relatos. En 2022 se ha celebrado su catorceava edición, alcanzado la cifra récord de casi 3.600 relatos y microrrelatos procedentes de toda España. Participación que manifiesta el interés creciente de las personas mayores por la participación, el ánimo de desarrollar su creatividad y su generosidad para compartirla.

*Todos llevamos una historia dentro* reúne algo más que los relatos finalistas y ganadores de 2021 y 2022. Recoge testimonios, recuerdos y, sobre todo, mucha ilusión y deseos de compartir. Son textos que reflejan experiencias propias o cercanas sobre el amor y la ternura, el olvido, la soledad, los recuerdos, la añoranza, la pérdida de la memoria o la alegría del reencuentro, así como inquietudes sociales.

El concurso se enmarca en los talleres de lectura y tertulia participativa Grandes Lectores, que promueven encuentros para mejorar la comunicación, favorecer las relaciones sociales y establecer vínculos, creando un espacio para la reflexión y el desarrollo de la capacidad crítica y creativa de los mayores. En los últimos diez años han participado en estos talleres más de 84.000 personas mayores.

La publicación de este libro supone un reconocimiento al trabajo de todos los participantes, finalistas y ganadores del concurso. También supone un agradecimiento a todos aquellos que nos acompañan en la trayectoria del concurso, expresando su ilusión por cada nueva edición, animándonos, de este modo, a mejorar en cada una de ellas.

# PRESENTACIÓN,

## por Radio Nacional de España

Escribimos estas líneas al poco tiempo de haber entregado los premios de la 14.<sup>a</sup> edición del Concurso de Relatos, que con tanta ilusión organizamos Radio Nacional de España y la Fundación "la Caixa", y a punto de empezar los trabajos para la próxima convocatoria y después de un éxito rotundo de participación.

En todos estos años, han sido miles las personas mayores que han visto en esta iniciativa una posibilidad de aportar historias, vivencias, imaginación y la magia de las palabras sobrevolando sus escritos. Y todos los años observamos el mismo resultado: no importa el premio, importa estar, participar, sentirse considerado. En cuatro folios o en cien palabras. Con el lenguaje sencillo de quien ha tejido la vida con dificultades, o con el nivel literario de quien ha tenido en las letras a un aliado.

Ahora, recogemos en este libro a los finalistas y ganadores de las dos últimas ediciones. Unas obras en las que todavía permanece el recuerdo de una pandemia que no sabemos cuándo se dará por oficialmente terminada, y en las que encontramos todos los sentimientos posibles que una vida plagada de años puede albergar. En algunos, con una imaginación desbordada

y rica. En otros, con el realismo propio de quien retiene en su memoria los tiempos vividos.

Y en el fondo de todo, la radio. Radio Nacional de España, una referencia para las personas mayores de nuestro país, que se extiende de pueblo en pueblo, de comarca en comarca y hasta los confines más alejados de nuestras fronteras. Una vez más, hemos recibido los trabajos desde todas las provincias de nuestro país, incluidas las ciudades de Ceuta y Melilla. Este hecho demuestra una labor vertebradora de la que estamos muy orgullosos en el programa “Juntos paso a paso”, en el que cada semana hilamos con cariño toda la gestión del concurso, en colaboración con la Fundación “la Caixa”.

Una labor que continuaremos ahora, con la edición de este libro, en el que se recogen finalistas, ganadoras y ganadores, y que entregaremos a todos los que se acerquen a nosotros para enlazar el mundo de la radio, de las palabras, de la ficción y de la ilusión.

**rne**





*P*RIMEROS  
PREMIOS  
2021



*Primer premio relato 2021*

# NO SOMOS NADA

*Antonio Luis Vicente Canela*



Valentín entonaba como nadie las frases de pésame: eran ya muchos años asistiendo a entierros y funerales. En su juventud, descubrió el ambiente relajado y tranquilo que se respiraba en los tanatorios: todo era contenido y, salvo casos trágicos, en la mayoría de los velatorios no se escuchaba una voz más alta que otra.

En la ciudad había dos tanatorios. Valentín, tras consultar el obituario en la prensa local, los visitaba dos o tres veces por semana. Los empleados le tenían echado el ojo y estaban con la mosca detrás de la oreja, pero ¿quién te va a echar de un tanatorio?

Valentín vestía siempre con sobriedad. Al llegar a la sala se acercaba hasta la mesita donde estaba el libro de firmas y comenzaba a escribir. De pronto, se detenía un instante, levantaba la cabeza y cerraba los ojos como para reflexionar, suspiraba profundamente y luego firmaba. Sus

frases tenían siempre una calculada ambigüedad que hacía difícil identificar su relación con el que la había espichado: “En recuerdo de los buenos tiempos.” “Siempre se van los mejores.” “Gracias por toda una vida de amistad.” A veces, abría la puerta a la incertidumbre con enunciados que dejaban el final de la frase inconcluso: “Solo tú y yo sabemos...” “Perdóname si te causé dolor...” Y su favorita, la que reservaba para casos muy especiales: “*Incertum est quando, certum est aliquando mori.*”

Cuando entraba en la sala, se acercaba despacio hasta el cristal tras el que estaba el catafalco, y se quedaba unos segundos en silencio, con la cabeza baja; incluso esbozaba un leve sollozo que reprimía tapándose la cara con la mano.

Pero donde verdaderamente se superaba era al dar el pésame a la familia. Ahí, Valentín echaba el resto y demostraba toda su valía. Inclinandose lo justo delante del deudo (ni tanto que pareciera servil, ni tan poco como para resultar envarado), tomaba una o ambas manos entre las suyas y, atrayéndolas ligeramente hacia sí, pronunciaba su pésame:

—Lo siento muchísimo. ¿Quién iba a pensar que...?

El familiar, algo desconcertado, respondía a la vez que mostraba su agradecimiento:

—Sí. Muchas gracias. Perdón, ¿usted es...?

La pregunta abría un inmenso abanico de posibilidades al que Valentín se entregaba como un rapsoda y, desplegando toda su capacidad, narraba increíbles historias de vivencias con el finado mientras la familia escuchaba y

NO SOMOS NADA





movía afirmativamente la cabeza sin comprender realmente nada de nada.

—¿Quién dices que era ese?

—No lo sé, pero desde luego conocer, conocía mucho a papá. ¡Oye, que me ha contado cada cosa!

En determinados casos, cuando Valentín notaba que había “conectado” con la familia, se ofrecía para ayudar en todo tipo de tareas: recoger a algún familiar en el aeropuerto o en la estación del tren; llevar a casa a alguien para que se diera una ducha y se cambiara de ropa; acercarse a por algún documento...

—Es la prima Pepita; dice que llega en el avión de las quince cuarenta y cinco. ¿Quién va a por ella?

—Yo no puedo, los niños salen a las cuatro.

—Perdón —intervenia Valentín—, si queréis me acerco yo.

—No, por Dios, no se moleste usted.

—Si no es molestia, de verdad, además tratándose de la familia de Francisco...Y, por favor, Luisa, háblame de tú, si para mí es como si fueras una hija.

De esa forma había creado sólidas relaciones con la familia de personas a las que no conocía en absoluto antes de morir.

—Hoy me he cruzado con Valentín en el parque.

—¿Con quién?

—Valentín. Sí, mujer, el chico aquel que era tan amigo de papá. ¿No te acuerdas del entierro? Hizo aquello tan bonito de ponernos todos en círculo y juntar las manos para cantar “Mi bella Lola”, que decía que era la que cantaban

papá y su padre cuando estaban en la mili. Le he vuelto a dar las gracias. La verdad es que se ocupó de todo. Creo que deberíamos invitarlo este verano para que suba un día cuando estemos en la casa de la Sierra.

Por otra parte, a lo largo de tantos años, algún tropiezo sí que había tenido. Como la vez aquella que se equivocó de sala y entró en una en la que pensaba que estaba el cadáver de un coronel de ingenieros y resulta que el muerto era repartidor de gas butano. Como el féretro estaba tapado, no vio el cuerpo y le preguntó a su mujer si lo habían enterrado de uniforme.

Anécdotas que en nada desmerecían su esforzada labor de tantos años llevando consuelo a las familias en momentos tan tristes. Y como él decía: “Una mentira no es tan diferente de la verdad, es tan solo una realidad que sucedió en otra dimensión.”

*Primer premio microrrelato 2021*  
**¡POR FIN EN CASA!**  
*Cristina Soto Torres*



**A** sí saluda Mario al entrar, bien alto, tal como hacía su padre. Siempre ha mantenido esa costumbre: desde el modesto piso de estudiantes hasta aquel maldito ático en el que invirtieron todos los ahorros. Sonríe —dicen que eso ayuda, que engañamos al cerebro...—; bien mirado, hoy no se le ha dado mal el día. Abre la lata de cerveza que acaba de comprar y, mientras la bebe a pequeños sorbos, con cinco cartones gastados y una manta de cuadros alfombra el suelo de su cajero preferido de la Gran Vía.



*R*ELATOS  
FINALISTAS  
2021



# ANXO

*José Manuel López Guerra*



**A**nxo Ulloa tenía mal carácter. No es solo que tuviera arranques violentos y que hubiera casi matado a un pescador canadiense en Terranova porque se rio de su hablar gallego. No. Tenía el carácter avinagrado. Nadie se atrevía con él. El propio capitán prefería que fuera el segundo el que tratara con Anxo porque era de su mismo pueblo. Pero se trataba del mejor arponero de todo el *San Cristóbal*. Arponeaba la estacha con toda la furia contenida que era capaz de almacenar. Por eso lo aguantaban y por eso era reclutado siempre.

Tres años ya habían pasado desde que salieron del puerto del Concello de Laracha, Lugo, Islas San Cipriano, en el año del Señor de 1901. El puerto ballenero más antiguo de Galicia. Está la ballena tan arraigada en sus gentes que lleva el símbolo de los cazadores de ballenas en su bandera. Podéis comprobarlo.

Anxo tenía una debilidad que procuraba ocultar y que era la causa de su constante malhumor. Amaba con pasión a su

mujer, a pesar de ser la más fea de Muxia, donde la encontró. Así, pensó cuando la conoció, que no pasaría miedo de que le pusiera los cuernos en sus largas ausencias. Y además le dio tres hijas como tres soles, que eran su orgullo y amor. Era estar lejos de ellas lo que le comía por dentro. Era la ausencia de los seres queridos. Algo que ninguna persona de su entorno podía adivinar. Se moría por dentro cada vez que salía a faenar. Mala profesión la vida le dio. Arponero. No sabe hacer otra cosa. Meses lejos de su casa.

Ya entra el *San Cristóbal* por la bocana del puerto. Anxo se coloca en proa para divisar a su familia entre la muchedumbre que aguarda desde el amanecer. Muchos venidos desde Muxía, Malpica y Camariñas, pues los marineros eran de esas localidades. No las ve. No las ve, y su corazón se desboca.

Tras el amarre, el armador se le acerca. Son viejos conocidos. Le pone la mano en el hombro y le comunica que su mujer y sus tres hijitas murieron hace ya un año de viruela.

—¡Cago en tó! —gritó el individuo torvo sentado en el sitio más sombrío de la Tasca das Figueiras—. ¡Tengo la jarra vacía! —exclamó golpeándola contra la mesa, una, dos, tres veces. Solo el simple hecho de recordar por qué bebía le hizo estremecerse. ¡No! Debía emborracharse. Perder la noción de las cosas. Su mujer... sus hijas... No volverlas a ver. No concebía toda una vida sin ellas. El mar no le atraía. En tierra era un barco varado y casi desguazado. No tenía ya ganas de vivir. ¿Para qué? Solo buscaba la inconciencia que le

proporcionaba el vino, el ron o la ginebra, y ya acariciaba la idea del suicidio. Como él decía: “Quitarse de en medio.” La sobriedad no era una opción.

Se acercó el posadero.

—Anxo, ya te he dicho muchas veces que sin dinero no hay ron, o sea que basta de escandalizar.

El individuo cogió por el cuello al posadero y masculló, mordiendo cada palabra:

—Me he gastado en esta cloaca todo lo que cobré por tres años de mi vida en alta mar... ¿y ahora me niegas una jarra de ese meao que vendes?

El tabernero se zafó y se marchó ignorándolo.

Alguien se acercó al marinero.

—Oye, veo que necesitas algo de dinero.

—Y a ti ¿qué te importa?

—No me importa nada, pero si quieres puedes ganar hasta tres duros de plata.

—¿Dónde? —preguntó el marinero.

—Aquí detrás, en la rúa de Redeiras, esa calle sin salida. Unos extranjeros, creo que alemanes, han abierto una especie de dispensario o clínica para tratar cosas como anemias... o tuberculosis. No sé. Pero pagan tu sangre a precio de oro. Te sacan una botella o dos... ¡y los duros a tu bolsillo!

Se levantó el marinero y dando algún bandazo encontró la puerta de salida. Eran las diez de la noche. Todo estaba oscuro. Caminó por el suelo empedrado y alcanzó la rúa de Redeiras. Un viento frío cargado de agua le alcanzó a medio

camino. En la calle sin salida solo una bombilla sobre un portal señalaba la presencia humana.

Buscó una campanilla y no la encontró. Finalmente, golpeó la gruesa puerta con el puño. Se oyeron pasos y alguien abrió la puerta. Una chica muy guapa y vestida de enfermera se dibujó en la entrada y con una sonrisa le hizo pasar.

Los dos duros de plata que le dieron se los bebió en dos semanas. Alguien le observó todo ese tiempo y vio cómo sacaba dinero tras dinero, sin pestañear, de una bolsita que llevaba en el cuello. Cuando salió de la taberna le siguió a cierta distancia. Vio cómo entraba en la calle sin salida que había detrás. Esa calle, aún de día le daba mal fario y procuraba evitarla. Ninguna luz a esas horas. Las doce de la noche. Pensó que sería fácil arrebatarle el dinero.

Anxo llamó directamente con el puño en la maciza puerta que ya se había abierto otra vez para él. Insistió nuevamente. Los golpes sonaban como un tambor en la desierta calle. Al rato se abrió una puerta de la casa de al lado. Un viejecito calvo, cuyos únicos pelos, largos, le caían sobre la nuca, sostenía un candil.

—¿Sí...? —inquirió.

—Vengo para dar sangre... como la última vez.

—Lo siento. Venga mañana. Ahora todos descansan, es muy tarde —señaló el viejo.

—¡No! Necesito el dinero, ¡ahora!

—Lo siento, joven. Está cerrado.

Anxo se dio la vuelta malhumorado. No bien alcanzó la puerta una mano fuerte como el hierro le atrapó el brazo. Se

dio la vuelta y quedó prendado de los grandes colmillos que aparecían en los labios del viejo.

—Si insiste... lo haremos al viejo estilo.

—Eso fue todo, señor comisario. Oí el grito más espantoso que he oído nunca y espero no volverlo a oír jamás. La puerta se cerró de golpe y yo salí corriendo como alma que lleva el diablo. No le puse ni un dedo encima, se lo juro. No le robé y desde luego no lo maté, debe creerme, por Dios —gimió.

El comisario sonrió.

—Ya lo sé. Tú eres un maldito ladrón, pero no un asesino. Lo encontramos en la playa esta mañana. Totalmente desangrado, según el médico, con unas extrañas señales en el cuello. Lo curioso es que llevaba diez duros de plata en el bolsillo.



# EL AMIGO FRANCÉS

*José Manuel Bravo García*



**L**a mula muerta a principios de junio y casi oculta por la jara se aplastaba contra un recodo del sendero, apestando violentamente, y aún lo haría durante todo el verano. Los abejorros zumbaban reclamando los restos. Sería cerca de la una del mediodía cuando la pareja de guardias la dejaron atrás bajando por el terrizo de piedras que les bamboleaba cada paso y avistaron, por un instante, el toldo de rayas rojas y blancas que allá por el terraplén, tras las jaras y las buganvillas, aparecía y desaparecía apretándose a las curvas del camino.

Casi a los pies de las barranqueras, el mar verde azulado. De la gasolinera a la playa hay sus buenos diez minutos. El calor les ardía la espalda bajo la camisa y bajaban a trompicones. Se iba acabando la trocha y se oían cada vez más cercanos unos perros ladrando somnolientos; las botas se les hundían en una especie de tierra cenicienta cubierta de trozos de cañas y palitroques

traídos por el temporal la pasada primavera. Después, un parche de cemento incrustado de pedazos de azulejos mal hermanados, barridos por la arena, y el chambado estaba a un paso.

—¡Vaya! Buenos días, agentes. —El saludo provenía de un hombre bajo, moreno, como de unos sesenta años, aún musculoso, que andaba apañando una caña de pescar bajo el toldo sujeto con cañas.— Perdonen que no les dé la mano, miren cómo las tengo de sucias —dijo separando los brazos del cuerpo.

Se apresuró a colocar las piezas desarmadas del carrete sobre un cajón de fruta que hacía de mesa.

—Buenos días —dijeron.

La guardia se puso en jarras resoplando frente al pescador. Los chuchos le olisquearon la bragueta brevemente y volvieron a la sombra. Su compañero se quedó unos pasos atrás, las manos en la espalda.

—Se tarda en llegar menos por la trocha que por la playa, pero ya ve usted cómo nos hemos puesto de tierra.

—Hoy ha tocado un día infernal, de los malos, sin una brisa —dijo el hombre mientras se limpiaba las manos con un trapo que olía a petróleo—. ¿Quieren ustedes agua fresca?

Les señaló el botijo colgado de la techumbre de cañas bajo el toldo.

—¿Qué les trae por aquí? —La joven bebió sonoramente.— Seguro que la pesca no —dijo.

—Tiene usted razón, Baltasar, porque usted es Baltasar Santos, ¿no?

Se secó la boca con el brazo asintiendo para sí con la vista puesta en el cielo purísimo de la tarde.

—Sí, ¿cómo sabe mi nombre? —dijo extrañado.

—Nos han dicho en la gasolinera que usted suele estar pescando por aquí; además, era usted amigo de mi padre, que también pescaba, recuerdo de pequeña haberlo visto alguna vez por casa. Permítame que le pregunte una cosa, Baltasar.

—Sí, señora, diga, ¿va de sería la cosa? —Miró alternativamente a uno y a otra.

—Pues no lo sé; vamos, mejor dicho, que todavía no lo sabemos. ¿Ha visto usted esta mañana a alguien subir o bajar por la trocha o andar por la playa, a alguien desconocido quiero decir, o merodeando o...? —preguntó con los ojos entrecerrados.

—Ni esta mañana ni esta noche.

—¿Cómo? ¿Ha dormido usted aquí?

—Ya lo creo. Llevo aquí en la playa desde ayer a estas horas, mi mujer ya no se preocupa si lo hago, y aunque normalmente tiro para mi casa nada más anochecer, ayer me quedé aquí a la fresca que se levantó y me eché temprano a escuchar el transistor —dijo señalando con la cabeza la colchoneta—, y hasta esta mañana he dormido sin que estos hayan ladrado, o sea que hasta que han llegado ustedes nadie ha pasado por aquí. Oiga, señora agente...

—Carmen, y él es Tomás —se apresuró a decir la guardia.

—Carmen —dijo el hombre—, Carmen —repitió—, como mi mujer. Dígame: ¿qué ha pasado?

—Mire, venimos de manera digamos que —hizo una pausa— oficial.

—¿Oficial? —repitió el hombre en tono grave—, pero ¿qué ha pasado?

—Pues parece que un hombre se ha perdido. Su esposa se nos ha presentado esta mañana a las claras en el puesto del pueblo muy nerviosa y más o menos le hemos entendido, es que es extranjera, ¿sabe?, que su marido no había vuelto desde que ayer tarde bajó a la playa a eso de las siete a pescar, y aquí estamos, que nos ha tocado buscarlo por esta zona y domingo que es, y con todo este calor, y eso que librábamos los dos hoy.

Dijo la retahíla moviendo arriba y abajo la cabeza, resignándose al compás de las palabras.

—¿Fuman ustedes? —dijo el hombre sacando de un bolsillo un paquete arrugado, llevándose a los labios un cigarrillo y agregando—: Ese fulano se llevó en la nevera una botella, pilló una borrachera y aún la está durmiendo, señora. Eso es —dijo para sí—. ¿Fuman ustedes? —repitió ofreciéndoles.

El joven negó con la cabeza.

—Venga —aceptó ella—, vamos a echarlo. Eso que usted ha dicho es precisamente lo que todos creemos —continuó diciendo mientras miraba a su compañero.

—¿Es mayor el hombre?

—Andan los dos por los cincuenta y pocos.

—Supongo que habrá más gente que ustedes buscando.

—Un cabo y mi sargento están mirando con el todote-

rreno desde el cruce, que es por donde dice la mujer que su marido bajó hasta la playa, hasta Castillejos. Mañana vendrá algún refuerzo si hoy no le encontramos.

—Castillejos está a seis kilómetros o más.

—Si le dio por andar, podría haber llegado allí o hasta aquí.

La guardia protegió del viento la lumbre que le ofreció el hombre.

—¿Qué son, del hotel?

—Nah, del *camping*, vienen casi todos los años, ¿sabe? Seguro que lo habrá visto otros veranos, llevan desde el domingo en Los Delfines y bajan todos los días a la playa, él, a pescar a las rocas, y ella, a tostarse, bañarse y leer con el bañador bajado hasta la cintura, con lo mayor que es. —Alzó las cejas.— Eso no lo hago yo ni en mi patio y con la vela echada —rio mirando a su compañero. La primera bocanada salió violentamente de su boca.— Ayer tarde —siguió ya seria—, este hombre entró en el súper del *camping* a comprar y desde entonces nadie más parece que lo haya visto —dijo apretando los dientes mientras se separaba la camisa del pecho.

Se abanicó con la gorra.

—Joder, ¡qué calor! Total —siguió—, que hoy se nos acerca la mujer al cuartelillo y nos cuenta que no ha vuelto desde ayer. —Hizo una pausa.— También nos ha dicho que muchos del pueblo, entre ellos usted, los conocen, de otras vacaciones, por eso nos hemos pasado por aquí, por si él hubiese venido a saludarlo.

—Claro que conozco a Gerardo y a su esposa, los franceses, madre mía —se llevó las manos a la cabeza—, el año pasado salimos juntos los dos matrimonios, pero desde entonces no lo veo, o sea, que han vuelto de vacaciones, se ha emborrachado y se ha perdido; vaya, esperen, esperen un momento.

Se volvió unos pasos hacia donde había una mochila mientras señalaba a la guardia con el índice. La guardia miró brevemente a su compañero y se entretuvo después mirando sin interés la caña, la cogió con dos dedos y la hizo girar sin perder de vista las maniobras del otro. El hombre volvió con su cartera en la mano, de la que sacó apresuradamente una foto.

—Miren, es del verano pasado, de anoche, en la cala, cuando los fuegos de la fiesta del Carmen. Mi mujer, yo, Gerardo y su mujer Ágata, lástima que esté un poco oscura. —Le tendió la foto.— ¿Se acuerdan ustedes de la fiesta?

—Claro que me acuerdo —dijo Carmen tomando la foto con la misma mano con que sujetaba el cigarrillo, examinándola con disimulado interés—, yo anduve esa noche, que era de mi santo, con mi padre, y ya con más de treinta años fue la primera vez que fumé y bebí delante de él; me llamó mari-macho, ¿sabe?, las cosas de la gente antigua del campo, pero a mí me dio igual, peor lo tomó cuando empecé a prepararme para guardia... Total, que nos metimos en la verbena de los Delfines. Más tarde, cuando ya nos habíamos marchado, fue cuando el francés y usted discutieron, ¿no? ¡Nos ha dicho Ágata que llegaron a las manos! ¿Qué pasó, Baltasar? La gente habla cosas del francés y de su esposa Carmen.

La guardia expulsó dos chorros de humo blanco por la nariz.

—Ya no me acuerdo ni de por qué fue; estábamos bebidos. La gente dice tonterías.

—Pues sí, parece que al señor Gerard le gusta beber, y como ha dicho usted, seguramente se llevó una botella en su nevera. ¿Cómo sabe que llevaba una nevera? En la tienda nos han dicho que la compró ayer tarde y usted no lo ve desde hace un año.

—Bueno —titubeó—, lo he supuesto, para guardar la pesca.

—Baltasar, usted lo ha llamado Gerardo antes de que nosotros dijéramos su nombre o de que fuera francés, y el *camping* está lleno de extranjeros. ¿Seguro que no lo ha visto estas últimas horas?

El hombre calló, despejó el cajón y se sentó. Junto al despiece del carrete cayó al suelo una figurita que recogió y apretó en su mano.

—Perdóneme de nuevo, pero ¿dónde ha comprado estos cigarrillos? ¿Me enseña el paquete? —El hombre lo sacó lentamente y se lo tendió.— Ah, Gauloises sin filtro, franceses, ya me parecía, esto no se vende por aquí.

El hombre apoyó los codos en sus rodillas y se cogió la cabeza entre las manos.

—Ya veo —prosiguió la guardia.

Se dio la vuelta e hizo unas señas a Tomás. Este sacó la radio y dijo un código de números seguido de “trocha de la gasolinera”.

—Va a tener que acompañarnos, Baltasar, para hacer una declaración. Coja sus cosas, por favor —agregó a continuación—. Baltasar, ¿dónde está Gerardo? —preguntó ella, lenta y compasivamente.

—Bueno, no sé... ha sido un accidente, yo no quería... —sollozó.

Transcurrieron diez minutos. Solo se oía quedamente el ir y venir de las olas. Mientras, ella, con los brazos cruzados, hacía como que miraba distraídamente aquí, allá, al otro guardia, alejada unos metros del hombre. De pronto se fijó en sus manos.

—¿Qué es eso, Baltasar?

—Un rey mago de porcelana que salió de un roscón —dijo abatido.

—Y ¿para qué le sirve?

—Lo pongo junto al cebo, parece que los colores atraen más a los peces, y, además, hace de plomillo. Un truco. —Alzó los hombros.

—¿Y le funciona? ¿Pesca más?

—Pues no. —Hizo una pausa.— Por favor, díganle a mi mujer que estoy con ustedes y que venga con los perros.

—No se preocupe, Baltasar, esté usted tranquilo. Ya mismo nos vamos.

Tomás, con una mano haciendo de visera y la otra en la funda de la pistola miró a la lejanía. Un todoterreno se acercaba veloz por la orilla dejando huellas largas. El mar las borraba a intervalos regulares.

## EL CATALEJO

*Gloria Soriano García*



**M**i padre era un investigador. Lo recuerdo apoyado con firmeza sobre las plantas de los pies, el cuerpo inclinado hacia un agujero y tan rígido que parecía un autómatas de madera. En esa postura él inspeccionaba el centro de la Tierra con un anteojos. Miraba sin descanso allá dentro, nunca hacia mí. Delante de nuestra casa se extendía una llanura que se perdía a lo lejos en la neblina. Algunos días asomaba la cordillera en el horizonte y me gustaba pensar que mi padre era el mago que removía los hilos de las nieblas con su catalejo, como si diera vueltas a los fideos de la sopa. Entonces la niebla se despegaba del suelo y aparecían los macizos. Nunca me dejó mirar en el agujero donde todo se cocía. Aún eres pequeño, me contestó cuando se lo pedí. Yo contemplaba la nada de la llanura en busca del vuelo de una rapaz o el trazado de un hormiguero, y el corazón se me llenaba de inmensidad. Un día mi padre me miró a través de

lo que se había convertido en una extensión de su ojo. Ya has crecido, te has hecho mayor, me dijo. Me regaló un catalejo y empezamos a recorrer la meseta hasta encontrar una fisura en el suelo. Aquel sería mi punto de observación. Dentro estaba oscuro y no vi nada. Deja que tu ojo se acostumbre, insistió. Pero a mí me gustaba más mirar a lo lejos que mirar a lo profundo. Además, no quería convertirme en un muñeco de madera. Con catorce años emprendí un camino directo a las montañas y las crucé. Un coche que se detuvo al verme me condujo hasta una ciudad con alcantarillas profundas y rascacielos que no permitían ver más allá. De noche parecían firmamentos estrellados. Ese nuevo mundo, lleno de luces de colores, me deslumbró y me olvidé del otro en el que ya no creía, aquel donde mi padre disipaba la niebla para que brotaran las montañas.

En la ciudad no me acostaba con el sol. Las calles iluminadas permitían vivir a otro ritmo y yo disfrutaba de esa nueva libertad. Deambulé por todos los barrios antes de decidirme por el centro para instalarme. Las afueras no me parecieron un buen lugar para vivir; en las afueras, cuando el sol se pone, las calles se llenan de penumbra y te vuelves invisible. Mi padre también había elegido el centro, el de la Tierra, pero no era lo mismo, él se quedó anclado en un punto, yo pensaba moverme y llegar lejos. Me refugiaba en un túnel del metro para dormir, pero me dio por soñar que mi padre podría verme. Pronto encontré otro techo donde mantenerme a salvo de su catalejo y de mi pesadilla. Entre tantos descubrimientos sorprendentes,

el de los muchachos con jorobas cuadradas, veloces en sus bicicletas, me llamó especialmente la atención. Pensé en caracoles urbanos con la casa encima, que habían superado la lentitud propia de su naturaleza. Después supe que eran repartidores y me uní al gremio, me sentía poderoso. En aquel trabajo iba de un lado para otro disfrutando de esos instantes en que se abre una puerta y aparece enmarcada una persona, de fondo el interior de la casa. A la hora de dormir me venían aquellas imágenes a la memoria como un repaso de lo que la ciudad me enseñaba y yo aprendía de los interiores. A veces el fondo de la vivienda y el cuerpo de la persona quedaban ocultos, pues solo se abría una rendija por donde asomaba una cabeza y unas manos. También hubo puertas que se abrieron de par en par invitándome a que traspasara el marco y así fue como un día entré en casa de Nora. Ella me había descubierto cuando me salpicó con el agua que escurría de las jardineras. Desde entonces me vigilaba seducida por algo que había visto en mi cabeza y no alcanzaba a precisar, según me dijo más adelante. Aquel mismo día, después de regar las flores, había hecho su primer pedido a la empresa donde yo trabajaba. Llegué a su casa como un encargo más.

La casa de Nora estaba tan poblada de objetos que se me enredaron en la mirada. De camino al salón ella me había dicho: “Ten cuidado con las cosas al pasar, solo están acostumbradas a mis andares.” Mis ojos se abrían abarcándolo todo, sin comprender, como si todo fuera uno. De pronto, sorprendido por una jaula vacía que colgaba junto al mirador de los cla-

veles, tuve pensamientos sobre un pájaro muerto. Me quedé un rato largo mirando la jaula, el cuello levantado. Estaba tan abstraído en mis cavilaciones que ni notaba la incomodidad de la postura. Ella me hizo descender con cuatro palabras, “era de mi padre”, y por un momento imaginé que su padre era un búho. Con el paquete aún en las manos, le pregunté dónde quería que lo dejara. Entonces me condujo hasta una puerta cerrada, la abrió y pasamos dentro. Había un agradable olor a comida, una cazuela humeaba sobre un fuego y sentí hambre. Una vez liberado del paquete, no había razón para que siguiera allí. Iba a despedirme, pero ella habló primero. Mereces una propina, me dijo, te invito a cenar. Y me quedé atrapado por el guiso y por su cuidadosa mirada, la que nunca tuve de mi padre. Estaba feliz como un pajarito al que curan el ala rota. Después de varios días y noches viviendo con Nora, era capaz de diferenciar los objetos y empecé a fijarme en detalles que ella había dejado de ver porque solo tenía ojos para mí: la tapa levantada del piano, las flores muertas del jarrón, el polvo de la librería, el descascarillado en el espejo. El peso de su mirada se convirtió en un lastre que me impedía volar.

Nora acumulaba en casa lo que parecían gritos de sus adentros, obstáculos que lo invadían todo y apenas dejaban ver, como una niebla densa, más densa que cualquiera de las nieblas de mi infancia. Recordé que mi padre decía “todo brota del interior”, y este pensamiento hizo aflorar en mí el asombro propio de la niñez, y el deseo de tener el poder que él tenía para despejar el horizonte. La compulsión de Nora era irrefrenable, siempre

haciendo pedidos, los objetos adueñándose de cada litro de aire. Mi vida transcurría bajo una bóveda de lámparas sin luz, entre sillas de respaldo alto y columnas de libros carcomidos que flanqueaban el sendero hacia su dormitorio. Allí compartíamos gemidos y los cielos se abrían por un instante. Regresaba a mis quehaceres con la cabeza inclinada para evitar chocar con los focos colgantes del techo. Yo había dejado los paisajes de mi infancia en busca de otros que me hicieran vibrar. Soñaba con una tierra que no sabía definir, pero estaba seguro de que cuando la encontrara la reconocería. Tenía que salir de la casa de Nora. Esperé a ese momento en que sonó el timbre y entró un repartidor. Abandoné la ciudad de los rascacielos y viajé hasta llegar a otra con puerto de mar.

Me enrolé en un barco mercante que atracaría en varios puertos con la esperanza de poder ampliar mi mundo. Yo no conocía el mar, nunca había navegado. Cuando iniciamos la travesía era tanta mi ilusión que me imaginaba estar tocando ya la tierra soñada. Al poco tiempo todo se convirtió en agua y toda el agua me parecía igual. Temí haberme contagiado de esa ceguera que da el mirar de continuo lo mismo, pero me mantuve perseverante en mi búsqueda. Después de muchos días de navegación el barco fondeó cerca de la costa. Desembarcamos y seguí a los otros tripulantes hasta las tabernas, donde bebían en compañía de mujeres. En medio de aquel bullicio, yo recelaba de las manos femeninas como si fueran ventosas, y sentía añoranza del vaivén del mar. De vuelta al barco, apoyado en la barandilla, mientras contemplaba el rielar

de la Luna abriéndose camino en la negrura del agua, me puse a pensar en lo próximo que está el resplandor de las tinieblas y en los peligros que acechan entre los reflejos. Había pasado de mirar con complacencia la estelita de plata a pensamientos oscuros, y de la obscuridad a la clarividencia. Comprendí que era el agua del mar quien guiaba mi discurrir en la intimidad de la noche, y sentí que los peces habían despertado de su letargo y saltaban llenando mi pecho de contento. Con la luz del día me alegré al comprobar que el mar y yo seguíamos compenetrados. Escuchaba las historias del agua, con sed de aprender. Las palabras me llegaban envueltas en ruido de olas y se disolvían en la parte líquida de mi cuerpo enamorado.

Hubiera podido quedarme para siempre en la mar, pero la travesía terminó. Cuando puse los pies en tierra empecé a reflexionar sobre lo vivido desde que me fui del páramo, y de alguna manera reconocí que llevaba dentro a mi padre. Yo había mirado en los agujeros de las casas ajenas, en la oscuridad del corazón de Nora, en las aguas profundas, cada vez más absorto, cada vez más lúcido. Como él me advirtió, mi ojo se había ido acostumbrando y sentí deseos de volver a casa.

# LA BÚSQUEDA

Rufino Lobo García



*Curiosamente, muchas veces, la humildad y la sencillez hacen más grandes a las personas.*

**A**quella tarde brumosa, azotada por el viento tenaz del nordeste, las palabras no querían ocupar la posición adecuada. El Moncayo parecía extender sus brazos sobre las últimas horas de ese gélido día de marzo, volviéndolas lentas, torpes y desposeídas del interés de quien hurgaba en ellas. El oficio de escribir se convierte, en bastantes ocasiones, en un concepto tan matemático como literario, en el que el orden de las palabras forma parte de una ecuación de tanta envergadura como otra variable, la belleza con que se pretende expresar una idea.

El viajero no encontró ese día motivo alguno que le obligara a sacar las manos de los bolsillos. Solía llevar un lápiz y una

pequeña libreta en el interior de la chaqueta para poder anotar apresuradamente unos pocos versos desmelenados, cuando estos se prestaban a organizar el enorme torrente lingüístico del profesor. Pero esa tarde el frío, la humedad y el viento ponían demasiadas dificultades, tanto para mover el lápiz sobre el papel como para esbozar y aquilatar las palabras congeladas de ese día.

Los paseos diarios hasta la ermita, a orillas del río, eran casi siempre una fuente con la que saciar aquella búsqueda constante del profesor. Su profunda mirada buscaba desentrañar la esencia de cada paso dado por la ribera. Pocos se atrevían, en esta época del año, a visitar la cueva y la morada del santo. El tiempo era desabrido buena parte del año; solamente en verano endulzaba el camino el frescor del aire. Aun así, la soledad del sendero no le importaba, es más, la buscaba con frecuencia. Pero aquella tarde regresó antes de lo previsto, con unas pocas ideas rondando en su cabeza. Los días, las tardes, el silencio, la sobriedad del paisaje, el trayecto, el entusiasmo, la iluminación, no son siempre iguales.

Todo invitaba a volver a la casa de huéspedes de la calle Estudios, donde se alojaba con la misma modestia que en la antigua de la calle Collado, pero, con el frío clavado en el cuerpo, decidió parar en el Casino y atemperar el ánimo con algo caliente. Cerca de la entrada, un niño de unos siete u ocho años le interpeló:

—Maestro, ¿ha ido usted a hablar con el santo? —preguntó sin timidez y con los brillantes ojos de niño dirigidos hacia arriba.

—¿Por qué lo preguntas? —respondió con curiosidad el maestro.

—Porque le he visto varias veces caminar pegadito al río y hacia la cueva —explicó el pequeño.

El hombre se quedó mirándolo unos instantes y apreció una mirada tan inteligente como tierna. Estaba deseando tomar un café o un chocolate bien caliente con el que recuperar la entereza pero, como el chiquillo parecía fijado al suelo como un árbol, decidió aclararle:

—Yo no voy a hablar con el santo, que murió hace muchos siglos y eso hace difícil el diálogo. Simplemente, me gusta pasear y sentir el aire frío en la cara, mirar el paisaje, el río, el roquedal sobre el que se asienta la ermita...

—Y hacer dibujos en una libreta —interrumpió el crío.

—No son dibujos. Escribo poemas cuando la musa me visita.

—¿Y quién es esa señora que viene a verle? —preguntó asombrado.

—No es una señora. Ya te explicaré. ¿Tú sabes lo que es la poesía? ¿Sabes escribir? —se impacientó el profesor.

—No. Pero quiero aprender.

—Me parece una gran idea. ¿Cómo te llamas, pequeño?

—Nicolás. Nicolás Santisteban, para servirle —respondió rápido el voluntarioso chiquillo.

El profesor miró hacia el interior del Casino y decidió entrar, dejando la charla para otro día.

—Adiós, Nicolás. Otro día hablaremos de escribir, de leer y de esa señora por la que me preguntas —se despidió.

En la parte inhóspita de la puerta, fuera, se quedó el curioso Nicolás, llamado así por sus padres en honor al santo del día en que nació, un 21 de marzo. Justo cuando el invierno cede el paso a la primavera, justo cuando el hielo y la nieve empiezan a retirarse poco a poco. No tardó mucho en ir corriendo a su casa, a contar que había hablado con el maestro que tenía una amiga llamada Musa.

El amigo de la hija de Apolo se sentó alejado de la puerta. Unas pocas buenas tardes, era pequeña la concurrencia, y enseguida tuvo sobre la mesa del Casino un café humeante. Este recinto, fundado en 1848, se constituyó para “la distracción, el pasatiempo y la ilustración de los socios que lo componen”. Era un excelente lugar para exposiciones, lectura, tertulias o simplemente tomar un café, sobremanera después de un buen paseo como el que él había realizado.

Tras un par de sorbos y poner su libretilla sobre la mesa, cogió su lápiz y, después de mirar hacia la puerta, cerró los ojos, perdió la vista un instante por la ribera camino de la ermita, los abrió de nuevo y escribió: “¡Oh dueño de fortuna y de pobreza, ventura y malandanza, que al rico das favores y pereza y al pobre su fatiga y su esperanza!”

—Buenas noches, maestro. ¿Ha tenido usted un paseo agradable? —fue el recibimiento con que Antonio se encontró tras la puerta de la casa de huéspedes de la calle Estudios.

—Agradable, agradable... la verdad, Leonor, no es una tarde agradable para los paseantes y para la soledad. El

Moncayo parece querer compartir el frío con nosotros. A mí me gusta ese aire fresco sobre el rostro, el viento cargado de humedad de muchas tardes, pero hoy es gélido, más propio de Laponia —respondió veloz el caminante, que todavía no se había quitado sombrero, bufanda y abrigo.

Llegar a la pequeña pensión y encontrarse con Leonor revoloteando por todos lados era lo habitual. Esta soriana menuda, trigueña en boca de algunos, de alta frente y unos ojos negros, tan negros como los de las mujeres del sur, despierta y vivaracha, era una muchacha alegre y de gran simpatía. Ayudaba en las tareas y recados que le encomendaban sus padres, que, conocedores de su carácter despierto y de su edad, no le proponían labores demasiado exigentes. Por ello, Leonor dejaba volar su imaginación de adolescente de catorce años y revoloteaba de flor en flor por toda la casa.

—Vendrá usted muerto de hambre con tanto caminar y con tanto frío. Se le ven las orejas tiesas y rojas como la nariz que asoma por encima de la bufanda —bromeó la muchacha entre suaves risas.

—La realidad, chiquilla, es que sí. Hoy me cenaba un par de platos de esas sopas de ajo tan ricas que prepara tu madre o unas buenas migas con todos sus avíos —propuso el profesor, mientras empezaba a desprenderse de la indumentaria propia del frío y contagiado por las risas de Leonor.

Leonor y Nicolás fueron, con el paso de los años, dos personas insustituibles en la vida del poeta. La primera

acabó siendo su mujer y el segundo, en la recta final, consiguió conducirlo más allá de los Pirineos cuando todo estaba perdido.

# LA CAJA FUERTE

*Dora Muñoz Martínez*



**D**esde aquel día peregrino de ciudad en ciudad, no paro en pueblos porque lo que busco es pasar desapercibida, por eso en cuanto me encuentro con alguien más de una vez pienso que me están vigilando y, según cómo vea la cosa, desaparezco.

Llevo así casi un año y he vivido ya en cuatro ciudades diferentes desde que salí de Medellín. El dinero no es problema, podría vivir así, sin trabajar, los sesenta años que calculo que me deben quedar. Pero sí lo es el aburrimiento. Pensar en toda una vida en la que el único proyecto sea conservarla, vigilando para que no me encuentren, sin poder establecer relación con nadie y con la única ocupación de transformar en pesos lo que llevo puesto, me horroriza.

Aquel día, cuando eché a correr en la noche dejando a Ernesto muerto en aquel apartamento del piso veintiuno con vistas a toda la ciudad de Medellín, solo se me ocurrió coger mi ropa interior de seguridad y olvidé mi pasaporte. No me atrevo a ir al consulado diciendo que lo he perdido porque supongo que

intervendría la policía, y a no ser que me desprendiera de todo lo que llevo siempre encima, las cosas se me complicarían aún más. Pero me gustaría volver a casa, lejos de este país que me dio amor, que me ha dado dinero, pero al precio de perder lo primero y no poder disfrutar de lo segundo.

Con Ernesto todo fue maravilloso. Por él dejé mi vida en España y me vine aquí. Con él. Y nunca pregunté para qué complicarme la vida pensando en el origen del dinero que manejábamos a espuestas.

Hasta que él me propuso aquello, usar mi cuerpo como caja fuerte, que a mí me pareció primero un disparate y después una buena idea, a la vez que prendió en mí la mecha de un miedo que iba corriendo hasta que llegó a la explosión final de aquella noche.

Mientras los dos encapuchados se ensañaban con Ernesto preguntándole dónde lo tenía todo, yo conseguí esconderme en un armario hasta que se fueron, pero entonces él ya estaba muerto y yo... bueno, yo solo pensé en salvar la vida y llevarme la pasta.

Y así voy, de peregrina, de aquí para allá, hasta que hoy se me ha acabado todo. Tanto vigilar y no lo había visto nunca. Él sí sabía de mí.

Te llevo buscando tanto tiempo, me dijo.

¿Me estás espionando?, fue la pregunta absurda que se me ocurrió cuando sacó la pistola. Solo dijo que era una lástima que una mujer como yo tuviera que desaparecer, pero que así estaban las cosas, no querían testigos. Y disparó. Morí riéndome al pensar en la sorpresa del forense cuando descubriera que mi pecho espectacular y mi culo respingón quedaban en nada al quitarme sostenes y bragas rellenos de diamantes.

# LAS LÁGRIMAS SILENCIOSAS

*Suana Marín García*



**H**acía varios meses que Andresito vino al mundo, exactamente no recuerdo cuántos, también yo era una niña, pero cuando mi madre decía que Andresito tenía nueve meses fue cuando se me ocurrió la idea de entrar a verlo. A partir de ese momento imaginé que él y yo jugaríamos, aunque no se lo dije a nadie. Lo pensé y me guardé el pensamiento en mi corazón, como si estuviera cerrado con llave. Solo quería decírselo a Andresito.

Mientras mi madre trabajaba yo veía la tele, aunque funcionaba mal. También jugaba con mi muñeca, que estaba un poco fea de tanto jugar con ella. Yo la pintaba para ponerla más guapa y que pareciera nueva, pero no lo conseguía. Cuando escuché que a Andresito le faltaba poco para tener un añito, creí que jugaría conmigo y con mi muñeca, que la pobre estaba regular.

El día en que yo cumplí seis años desobedecí a los mayores y entré en la habitación de Andresito, que estaba junto a la

nuestra. Hacía tiempo que quería entrar, pero me daba miedo hacerlo, por si los mayores me castigaban. Me habían dicho que en esa habitación no se me ocurriera ni mirar. Aunque oyera a Andresito llorar no podía ni asomarme. A Andresito lo había visto, me habían dejado estar a su lado algún domingo. Su madre, su padre y su hermano, que dormían con él, llegaban tarde. Yo a esa hora dormía. En realidad creo que solo lo vi un día de fiesta en que no tenía cole y algunos mayores estaban en casa. Ese día su madre, que lo paseaba por su habitación después de darle el *bibe*, me chistó:

—Ven, mijita, y míralo de cerca.

El día en que por fin me dije “hoy entro”, me temblaban las manos y también Alba, mi muñeca, temblaba. A Alba la tenía abrazada y hacía lo mismo que yo. A pesar del temblor entré. Me hacía ilusión y supuse que estar un rato con él sería el regalo que me hacían por cumplir seis años.

Yo imaginaba que la habitación de Andresito estaba cerrada y pensaba buscar en los cajones del comedor su llave, porque veía a su madre abrirlos antes de entrar a darle la comida, aunque venía tan de prisa que la recuerdo poco.

Agarré el pomo de la puerta de la habitación de Andresito, con mis dos manos, y la puerta se abrió cayendo el pomo al suelo. Debía de estar roto, como otras cosas que no les daba tiempo a los mayores de arreglar de tanto como trabajaban.

Me encontré a Andresito acostado y sonriéndome, solo sabía mirarme y mirarse sus manos. Lo intenté sentar, pero se doblaba como un trapo. Me puse a llorar y él también. Salí

corriendo al comedor, dejándolo en su habitación. Desde el comedor le hablé hasta que empezó a reírse. Él levantaba y bajaba sus manos con mucha atención. Así es como jugaba Andresito. Su juego consistía en mirarse las manos al moverlas. Le dije muchas cosas que no recuerdo bien y desde ese día él y yo nos hicimos compañía.

Cuando mi madre llegó no me regañó tanto como esperaba, debía de encontrarse demasiado cansada, pero me explicó que Andresito parecía de trapo porque nunca antes lo habían sostenido en brazos, excepto alguna vez al darle el *bibe*. Que no podía volver a verle, pues de hacerlo, él, sin duda, se acostumbraría a la compañía y lloraría cuando estuviera solo, igual que había pasado conmigo en mi país.

Le prometí a mi madre que no volvería a entrar y seguiría jugando sola con Alba, pero le mentí. Al día siguiente y al siguiente y todos los siguientes yo abría su puerta y hablaba con Andresito. Él no hablaba como yo, sino de una manera que nadie entiende; yo sí lo entendía cuando al acercarme me miraba y decía “coo”, mientras alargaba su manita hacia mí.

Tenía razón mi madre en que parecía de trapo porque nadie lo había abrazado, ni acunado. Al principio de sentarlo se caía, pero a los pocos días empezó a sostenerse. Aprendía muy deprisa.

Yo me sentía orgullosa y más mayor, por los progresos que hacía Andresito al mantener su cuerpo erguido sin doblarse. Todos los días lo sentaba y lo abrazaba y él, a veces, se partía de la risa y yo también. Tenía una manera de reír contagiosa

y le debía gustar divertirse. En ocasiones, entre carcajada y carcajada decía “coo” alargando su mano hacia mí, igual que me saludaba al entrar en su habitación.

En septiembre, al volver al cole le conté a mi amiga Yesi todo lo de Andresito. Ella, que era unos meses mayor que yo, que la hacían más lista, me convenció de que a la mayoría de los niños los acunan en brazos desde que nacen, y por eso sostienen su cuerpo y no se les doblan las piernas antes de cumplir un año. Sus padres y madres los abrazan y los toman en brazos debido a que no trabajan todo el día. Además, cada familia vive en un piso.

Yesi y yo somos migrantes y tenemos que vivir varias familias en el mismo piso. Aunque lo de compartir piso, a diferencia de Yesi, lo veo muy bien. Si viviera sola con mi madre, Andresito no estaría en la habitación de al lado.

Cuando regresé a mi casa le pregunté a mi madre si era verdad lo que decía Yesi. Mi madre me explicó que menos mal que cuando llegamos a España yo tenía cuatro años y ya no lloraba al quedarme sola en casa. Sin embargo, con la edad de Andresito si me dejaban sola lloraba mucho y eso era porque me habían acostumbrado a la compañía.

No tuvimos problemas porque en Perú vivíamos con mi abuela, pero si hubiéramos vivido sin ella —como ahora en Madrid—, mi madre tampoco me habría tomado en brazos, igual que la de Andresito, para evitar que me acostumbrara y así no la echara en falta al marcharse a trabajar. O sea que yo, también, habría estado como él todo el día sola acostada

en mi habitación, aunque no sé si sería tan lista. Él enseguida dejó de caerse y aprendió a sentarse. Tampoco lloraba cuando yo salía de su habitación; al contrario, me sonreía. Creo que me daba las gracias y de listo que era no lloraba para evitar que algún vecino llamara a la policía y vinieran a llevárselo los servicios sociales.

Ahora que ya es 2020, he cumplido los doce años. Creo que viví con Andresito hasta los siete, no lo recuerdo del todo. Con él me divertía al imaginar que alguien jugaba conmigo y me hablaba como yo lo hacía con él.

Al principio cada vez que lo sentaba se caía, pero muy pronto dejó de parecer que era de trapo. Esto sucedió a la vez que yo abandoné el llanto. Lloraba desde que llegué a España. Mis lágrimas las limpiaba y nadie las veía. Lo hacía a escondidas y en silencio. Pero eso cambió al conocer a mi amigo Andresito. Lo que le decía a él era como si me lo dijera a mí. Ahora vivo en otro piso —con otras familias— y me gustaría saber si Andresito llora, porque él, con su compañía, me quitó el miedo y las lágrimas silenciosas.



# “PECCATA MUNDI”

Magdalena Valdés Ruiz de Assin



Usana empujó la verja, que cedió con un quejido oxidado, respiró el olor dulzón de flores muertas y se adentró en el gótico laberinto de lápidas y cipreses. Después de tantos años, podría llegar a la tumba hasta con los ojos cerrados. Sabría reconocer cada sendero por ese chasquido, tan familiar, de la gravilla bajo sus pies. Sabría guiarse por el aroma de los crisantemos de *Tu familia no te olvida*, o por el ácido olor a margaritas de *Su fe no le abandonó*. Conocía cada epitafio, cada sepulcro. Los había ya muy gastados, de nombres desechos, de muertos olvidados. Era un camino que había recorrido demasiadas veces. De pequeña, de la mano de la tía Concha. Después, sola. Nunca entendió por qué tuvieron que irse sin ella. Los tres el mismo día, a la misma hora. A ella la ignoraron. La abandonaron, y con solo diez años, se convirtió en huérfana de padre, de madre y de hermana. “Nunca os perdonaré”, dijo a pie de tumba, hacía ya quince años.

No tardó en ver a Zacarías merodeando entre los sepulcros. Entretenido aquí y allá. Aseando las lápidas. Retirando ramos y pétalos apagados. Zacarías, de edad indefinida entre mayor y viejo, desgarbado y algo patizambo, se tomaba muy en serio la custodia de aquel cerro de ánimas. Eran sus muertos y se obligaba a vigilarlos temeroso de que se le traspapelaran.

—Buenos días, señorita —farfulló dejando al descubierto sus encías desnudas, ofreciéndole una sonrisa hueca.

—Buenos días —le contestó Susana mirando de reojo su ropa ruda y sucia, su pantalón gastado, la bragueta desabotonada y sus uñas enlutadas.

El sepulturero se adelantó unos pasos y alzó la voz para llamar la atención de Susana, que ya caminaba hacia el portón del siguiente patio.

—Acabo de asear a los suyos, señorita. Ande con cuidado, que hoy están alborotados.

Susana se volvió confusa y su coleta se agitó suavemente sobre los hombros.

—¿Alborotados?

—Alborotados, señorita. En esa tumba, incluso cuando nadie habla, hay jaleo.

—¿Jaleo?

—Sí, señorita —dijo asintiendo con la cabeza—, sus muertos enredan mucho. Un día vamos a tener una desgracia.

Perpleja, aligeró el paso. Al llegar a la tumba, se quitó la mochila, dejó las flores y se sentó sobre el granito acariciando las letras de cada uno de los tres nombres, mientras su cabeza

daba vueltas a las preguntas de siempre, que, como siempre, nunca obtenían respuesta.

Escuchó un ruido a su espalda. Zacarías no se resignaba a abandonarla, y revoloteaba a su alrededor como un satélite nervioso, encorvándose aquí y allá, afanado en apilar cada hoja, cada rama, cada flor muerta o agonizante.

—Matar cansa, señorita —le dijo mientras prendía fuego a los montículos de hojarasca—, y ella dice que lo hará otra vez. Así mismo lo dice. No se calla, no.

—¿Quién y qué es lo que hará otra vez?

—Prenderle fuego —dijo mientras atizaba su pequeña hoguera.

Susana permaneció sentada sobre la lápida, envuelta en la humareda que el viento, escondido entre los cipreses, avivaba a su espalda, y rodeada del olor rancio y ligeramente fibroso de las margaritas ardiendo. Captó su atención una hilera de hormigas que se introducía por una rendija en la piedra. Todas acarreaban algún tesoro. Miguitas de pan, briznas de paja, virutas de comida. Una de ellas era coja, había perdido el paso y se había quedado sola, perdida, sin saber qué rumbo tomar. Susana se acercó y la empujó con delicadeza hacia la brecha por donde la hacendosa caravana había desaparecido. “Vamos, para dentro”, le susurró. “Venga, perezosa, ve con ellas, no te quedes en la puerta.” Y Susana, apiadada de ella, permaneció alentándola a su espalda. “Sigue, no pares.” Ignoró el esfuerzo que suponía no perderla y no hizo caso de las dificultades que tenía para avanzar y respirar en aquel apretado pasadizo de

paredes ásperas que la comprimía. No reparó en los arañazos que recibía de los afilados salientes de la caverna. Y así, ocultos sus ojos, bajó embarradas capas de tierra y fue descendiendo a tientas tras la hormiga.

No supo advertir que estaba abandonando el borde de su mundo. Pronto percibió el frío que se descuelga de la oscuridad, el ir y venir de la muerte, el olor a tierra removida, la sorda actividad de gusanos acomodados. Sin detenerse, avanzó enredada en deshilachados restos de sudarios y raíces, hacia unas voces que le llegaban desde la profundidad como burbujas escupidas por un submarino.

—¡Eres lo que pareces! ¡Un cabrón! ¿Crees que no reconozco esa sucia mirada? “Qué bonito tu vestido de margaritas, Susana. Ven aquí que las toque. Anda, acércate, déjame acariciarlas.” Me daban ganas de vomitar solo de oírte.

Susana reconoció la voz de su hermana. Supo de lo que hablaba. Era el último recuerdo que tenía de su padre y lo tenía nítidamente grabado en su memoria. “Me estás engañando, Susanita”, recordaba oírle decir, “las flores de tu vestido son margaritas de verdad, ¿a que sí? Ven, siéntate encima de mí, y déjame tocarlas.” Y su padre acariciaba cada flor de su vestido, mientras ella se moría de risa con sus cosquillas.

—¿No te ha bastado arruinar mi vida? ¿También quieres destruir la de mi hermana? ¡Es solo una niña! —se escuchó entre el estruendo y el chisporroteo del fuego.

Susana, seducida por la colosal figura de su hermana, abrió los ojos hasta donde le permitía el perímetro de su cara.

## “PECCATA MUNDI”

La observaba sin poder pestañear, hipnotizada por las lenguas de fuego que rugían lamiendo la cara de su padre. Su hermana, en mitad de la hoguera, ejecutaba una danza macabra, con un bidón como pareja de baile, mientras que una orquesta de explosiones y silbidos le marcaba el paso.

Una espesa capa de humo envenenó los recuerdos que Susana había atesorado durante años y su blanca risa desapareció entre las pegajosas manos de su padre, que, en aquella traca final, despedía un nauseabundo olor a muerte.

Necesitaba salir de ahí. Salir rápido. Se asfixiaba, le faltaba el aire. El humo le arañaba los ojos. El rancio olor de las margaritas se colaba por sus pulmones. Susana, con los recuerdos encendidos y el alma abrasada, corrió por el oscuro laberinto de lápidas y cipreses hasta alcanzar la verja, que cedió a su empuje con un quejido oxidado.



*Accésit*  
**SOLO UNAS HORAS**  
*Marta Sedano Barrachina*



**S**onó el despertador. Estaba tan cansada que apenas podía moverme. No quería levantarme. Es tan difícil resistir un día más, tan idéntico al anterior.

—Levántate —me empujó mi marido, y se dio la vuelta en la cama—. Son las cinco y media. —Y volvió a roncar. En esos momentos, y en otros también, lo detestaba con todas mis fuerzas.

Ni la ducha ni el enorme café lograba despertarme. Ayer tuve turno de tarde en el hotel y estaba lleno por una convención de comerciales de electrodomésticos que acabaron borrachos como cubas. Odio cómo descontrolan estos mamarrachos y patosos que dejan la sala como una pocilga y tratan de meterte mano. Por supuesto, López, mi jefe, no me dejó irme hasta dejar todo como la patena.

Al salir del portal sentí un escalofrío que recorrió mi espalda y me escondí en el abrigo mientras lo empapaba el relente de la madrugada. Como una sonámbula, bajé las escaleras del metro perdida entre la gente que corría para pillar el tren que entraba en ese momento en la estación. Yo también corría.

El autobús que me llevaría hasta el hotel llegó quince minutos tarde y la indignación de los que esperaban en la parada fue creciendo. Al abrir la puerta casi se comen al pobre conductor, que acostumbrado a las quejas ni los miraba. Y yo, demasiado cansada para protestar, me acurruqué en la última fila y me volví a esconder en mi abrigo.

¿Qué habré hecho mal para llevar esta vida?, me pregunté. Una vida que no me gusta. No me gusta mi trabajo, ni López, ni mi marido y ni siquiera mi hija adolescente que ha decidido hacerme la existencia tan cuesta arriba.

Todos los días son iguales, del trabajo a casa y de casa al trabajo. Abres la puerta y nadie te sale a saludar. No hay un “¿Qué tal ha ido el día?” o un “¿Te ayudo?”. Pon una lavadora, haz la cena y, claro, hay que dejar la comida hecha para mi familia, mi querida familia.

Antes tenía un grupo de amigas y de vez en cuando salíamos a tomar una cerveza y al bingo. Eran los mejores momentos del mes y me hacían olvidar. Pero una se divorció y la otra se fue a vivir a Arganda, y ya no tengo tiempo para hacer nuevas amigas.

Finalmente llegué al hotel y subí a ponerme el uniforme. En el vestuario estaba Carmen ante el espejo, colocándose su delantal.

—Pero ¿qué haces tú aquí? —preguntó sorprendida.

—Vengo a alojarme en la suite nupcial. ¿No te jode? —contesté molesta, pues no tenía ganas de broma.

—¿No te acuerdas de que ayer al terminar la convención te pedí cambiar el turno? —dijo.

Me quedé plantada como un geranio delante de ella con las manos en jarras y con cara de boba. Entonces lo recordé.

—Es verdad, perdona, lo olvidé —dije.

—Anda, ya que estás aquí, por favor, sube este juego de toallas a la 513. Voy retrasada y están saliendo las habitaciones de la convención.

Con las toallas en los brazos, subí a la 513 y llamé a la puerta y alguien contestó.

—Traigo las toallas que ha pedido —dije.

Estaba sentado en el sillón junto a la ventana con el albornoz blanco. Tenía los codos apoyados en las rodillas y las manos sujetaban la cabeza. Miraba al suelo y parecía abatido.

Sentí ternura viéndole allí tan grande pero tan frágil y me acerqué a él.

—¿Necesita algo? ¿Se encuentra bien? —pregunté sin esperanza de que me contestase.

Entré en el baño y cambié las toallas. Al salir él seguía en la misma postura.

—Señor, dígame si quiere algo. ¿Seguro que está bien?

Levantó muy lentamente la mirada y preguntó que cómo me llamaba.

—No se vaya. Hoy no puedo estar solo —suplicó.

Lo miré sorprendida y no sé qué pasó por mi cabeza. Tal vez el cansancio, lo confortable de la habitación, lo gris de mi existencia o lo desvalido que se le veía, y sobre todo esa triste mirada que me calaba hasta los huesos. No sé por qué pero me quedé. Tampoco me esperaba nadie. Mi marido iría a la fábrica y mi hija adolescente al instituto. Me acerqué hasta al escritorio y preparé dos cafés, de polvo, pero café al fin y al cabo.

—Esto va por cuenta de hotel —y lo cogió haciendo una mueca que imitaba una sonrisa.

Me senté junto a él y estuvimos mucho tiempo, no sé bien cuánto, en silencio. Allí sentada a su lado, en el confort de la habitación, no me había sentido tan a gusto en mucho tiempo.

Hablamos de mil cosas sin importancia, banales. No me contó qué le pasaba ni por qué estaba tan afligido y yo no le pregunté. Yo tampoco le conté cómo era mi monótona y gris vida. Tan solo charlábamos.

Me cogió la mano y tirando de mi me llevó hasta la cama. Se tumbó a mi lado y sentí sus brazos arropándome, sin pedir nada, tan solo abrazándome y haciendo la cucharilla. Acurrucada allí en esa enorme cama de sábanas blancas, finas y suaves que tantas veces había cambiado, oyendo su respiración junto a mi nuca, no deseaba estar en ningún otro sitio más que allí entre sus poderosos brazos. Me quedé dormida. El también.

Esa noche, de vuelta a casa, escondida en mi abrigo en la última fila del autobús, pensé que finalmente sí me había hospedado en la suite. Sonreí.

Abrí la puerta y allí estaba mi querida familia. Dos cabezas sobresalían del respaldo del sofá. Hipnotizados por la tele ni siquiera se volvieron. Ni un saludo.

—¿Qué hay de cena? —preguntaron al unísono.

Cerré la puerta con llave y contesté...

—¿La verdad? No tengo ni idea y además no me importa —y me fui al baño a darme una ducha. Sonreí y pensé que eran tiempos de cambios.

# UNA HISTORIA CON MÚSICA DE FONDO

*Paloma Lourdes Lozano*



**A**quella noche, Arturo Durango, afamado pianista de reconocido prestigio, se asomó tras el blindaje de las cortinas del escenario. El patio de butacas estaba al completo. Miró hacia el público, que, expectante y silencioso, se había acomodado en sus asientos. Observó a los asistentes con inquietud. Sintió vértigo en su ciudad natal. Hacía muchos años que se había marchado obligado por sus giras internacionales. Una pelota compacta le botaba en el estómago. Un sudor frío y pegajoso le corría por la frente y le nublabla la vista. Se había quedado hueco, ciego y sordo. Una vez más, el miedo escénico se había apoderado de él. Sacó la cabeza de entre las cortinas con la rapidez de un galgo y se dirigió al pasillo; faltaban diez minutos para que empezara el concierto y él necesitaba dos para alcanzar su camerino. El pánico le hacía caminar despacio,

estaba entumecido, le dolían las piernas, intentaba avanzar con premura en vano, tenía que llegar lo antes posible, allí le esperaba la recompensa, la medicina para sus dolores. Tras un último esfuerzo consiguió llegar al camerino, abrió la puerta con decisión y de un salto se colocó delante de sus colonias. Allí mismo, camuflado entre sus frascos, le esperaba su merecido premio, una botella de roncino cubano, una bomba de caña de azúcar con 75 grados de pura pasión, una joya que sin duda le pondría las pilas. El temblor de las manos le acosaba desde hacía algún tiempo y un buen trago lo relajaba y le devolvía la seguridad que necesitaban sus finos dedos de experto pianista. Un toque en la puerta le devolvió a la realidad del momento.

—¡Cinco minutos para empezar! —gritó una voz.

Arturo apuró un segundo trago y estiró su esmoquin, se atusó el pelo tres veces para espantar el mal fario, se colocó una punta de canela en la lengua como ritual de la buena suerte y avanzó desafiante por el pasillo hasta el escenario brillando como una rutilante estrella.

De pronto se paró en seco y recordó que, con las prisas, solo había tomado dos tragos de ron, lo cual no sería suficiente para aguantar el tipo hasta el descanso de la actuación. La pelota compacta le volvió al estómago y el sudor le abrasó la frente, pero...

no había escapatoria, las cortinas se estaban abriendo y en breve quedaría al descubierto ante el público. En un segundo los aplausos y los gritos de júbilo de los asistentes inundaron el teatro, la sensación de poderío y control estaba ganando terreno a sus malos presagios. Su figura de hombre espigado y huesudo

con matices de apuesto galán y un cierto parecido a Charlton Heston le daban un toque seductor que fascinaba a las mujeres.

El haz de luz que emanaba de los focos situados en el suelo del escenario le impedía ver con claridad las caras de los espectadores acomodados en la platea. El pianista hizo un rápido barrido visual entre los asistentes y... de repente... se detuvo el tiempo. Un instante mágico se apoderó de su ser. Un rostro desdibujado de mujer impactó contra su pecho, la piel se le erizó y las piernas le flaquearon. Tocado por el hechizo de la emoción volvió a mirar el rostro, su memoria terminó de reconocer aquellos delicados y bellos rasgos que tanto había amado y los labios que infinitas veces había besado. Allí mismo, sentada delante de él, estaba su añorada y querida Anita Miranda. Ella había sido durante muchos años su asistente personal, su confidente, amiga íntima y hada madrina.

Ensimismado y pensativo, Arturo dedicó una suave reverencia al auditorio mientras se dirigía con paso firme hacia el centro del escenario, donde le esperaba su compañero de fatigas, un hermoso piano de cola blanco de madera de abeto que antes de las actuaciones afinaba personalmente, con mucho esmero, para tensar las cuerdas en la frecuencia adecuada. La calidad del sonido en las notas musicales y la perfección en los tonos era su carta de presentación, avalada por la agilidad excepcional de sus largos dedos, finos y vigorosos, que se movían a velocidad de vértigo por el teclado.

Sus interpretaciones magistrales le habían llevado y traído por todo lo largo y ancho de este mundo y ahora, una vez

más, tenía que demostrar su virtuosismo ante un público que después de muchos años esperaba con impaciencia el regreso del pianista a la ciudad que lo vio nacer y crecer, convertido en un prestigioso artista.

Necesitaba hacerles sentir los latidos de la música desde los primeros acordes y derretir sus corazones.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Arturo al recordar a la dama desdibujada del patio de butacas, la emoción lo invadió mientras se preguntaba qué habría sido de ella durante los últimos años, hacía más de veinte que no se veían, ni una llamada, ni una carta... ni siquiera un encuentro fortuito.

Envuelto en estos pensamientos se sentó ante el piano, acarició las teclas, tanteó los tres pedales y colocó la partitura. Se trataba de una obra de variados matices y gran dificultad en su ejecución. La sonata número 29 de su adorado Beethoven era un auténtico desafío, requería de una capacidad sobrehumana para interpretarla con alma y precisión.

Las notas del *allegro* del primer movimiento brotaron mezcladas con los recuerdos más sonoros del pasado. Anita, su musa inspiradora, amante secreta, compañera inseparable, lo abandonó un buen día sin más ni más, porque sí o porque no. Nunca supo realmente el motivo, estaba demasiado ocupado en su estrellato como para dedicarle un minuto a querer saber.

Los dedos de Arturo, inquietos y ligeros como plumas, se precipitaban en el inmenso abismo de las emociones pretéritas.

El segundo movimiento de la sonata llegaba con una escala de ascendentes que terminaba en una alternancia de interroga-

ciones pendientes de descubrir. Las teclas blancas y negras, negras y blancas se solapaban a un ritmo frenético. El *adagio* sostenido traía una primera variación melódica que acentuaba el carácter atormentado del tercer movimiento. Beethoven le estaba conduciendo al desenlace final. El sentimiento de culpa por haber perdido a su gran amor sin apenas darse cuenta. Concentrado en ensayos, conciertos y giras, mujeres y copas, había desatendido una parte muy importante de su vida. Era consciente de que la fama se le había subido a la cabeza y le había ahuecado el corazón.

La sonata número 29 tocaba su fin. Llegaba el intermedio y la posibilidad de volver a ver a Anita, desdibujada y silenciosa en la butaca de platea. Arturo se incorporó entre las ovaciones del público, realizó un gesto de agradecimiento llevándose las manos al pecho mientras repetía un barrido visual entre los asistentes, pendiente de un rostro que le diera la oportunidad de recuperar el amor perdido que no supo valorar por estar demasiado ocupado en sí mismo. Pero Anita Miranda ya no estaba allí. Se había marchado porque sí o porque no, y en su lugar había dos butacas vacías.

La dama desdibujada de rasgos reconocidos y amados había acudido al concierto acompañada de su hijo, un joven de unos veinte años, espigado y huesudo que, sin saber por qué, amaba la música por encima de todas las cosas y sin una razón aparente admiraba profundamente a Beethoven y a ese hombre virtuoso que tocaba como nadie un piano de cola blanco de madera de abeto.



*M*ICRORRELATOS  
FINALISTAS  
2021

# HABITACIÓN BLANCA

*Aman S. Lorden*



**A**melia siempre tuvo unas manos primorosas con las que, puntada a puntada, hacía elegantes creaciones. Desde sus primeros pasos en el taller familiar, toda su vida transcurrió entre agujas.

Pero olvidó hilvanar sus sueños locos para que no se desparramasen en caótico desorden por su cerebro, o enlazar su cabeza y su corazón con un armónico pespunte invisible.

Y ahora, ya anciana, habita en ese lugar dando puntadas sin hilo.

Anoche exhibía orgullosa hebras de encaje escarlata adornando sus muñecas cortadas al bies, mientras se afanaba en zurcir su débil pulso. Pero nunca le enseñaron a coser latidos.

# MELOMANÍA

*José Luis Samaniego Durán*



**T**uve que matarlo. Mi escuela ha sido la calle, no conozco otros oficios que la extorsión y el asesinato a sueldo. Mi mamá, aunque analfabeta, amaba la ópera, y pidió que durante mi parto la dejaran oír *Norma* de Bellini... Esta música divina es mi compañera, mi consuelo.

Aquella noche, para cumplir un encargo muy bien pagado, accedí a aquella casa, la voz del gran Plácido en el *Nabucco* invadía la sala; un hombre de espaldas en la penumbra. Me temblaba la mano, por primera vez, cuando acerqué mi revólver a su nuca. Entre lágrimas disparé: yo soy un profesional.

# SIN TÍTULO

*M.<sup>a</sup> Jesús Bonaz Peralta*



**C**aían los goterones sobre el patio. Parecía un jardín japonés. La grava blanca absorbía la lluvia como si estuviese muerta de sed. Las plantas resacas abrazaban el suelo y miraban el agua como si nunca hubiesen visto un espectáculo semejante. En el banco del porche nos sentamos mi madre y yo. Y contemplamos absortas, mirando de frente, cómo el cielo nos refrescaba la cara con su aliento. No hubo pausa ni hubo tregua. La tormenta se llevó cualquier resquicio de mal tiempo y nos dejó el dulce amargor de la mirada posada en el patio de la residencia.

# UNA TARDE DISTINTA

*José Luis Fernández Martínez*



**C**omo cada tarde, dolorosamente, alineó las aeronaves en el alféizar de la ventana como dispuestas en un hangar. Comenzó a lanzarlas al vacío lentamente, una a una... ensimismado con el planeo y adivinando con precisión el aterrizaje. Desde la ventana, miró de soslayo el uniforme colgado de la percha con su pollera y su gorra. Apretó contra su pecho el último de los aviones de aquella tarde y, conteniendo la respiración, se dejó llevar.



*P*RIMEROS  
PREMIOS  
2022



*Primer premio relato 2022*  
**¡VOLVED POR MÍ!**  
*Sara Laura Arnez Cuentas*



**Y**o no quiero salir. Sigo esperando junto a la ventana. No correré al bar con aforo que está en la esquina. No me apetecen los paseos con franjas horario. En lugar de eso, quiero recordar el tiempo en que Antonio, bien envuelto en su chambergo marrón, me apremiaba para el aperitivo: —¡Baja, acho! Que se acaban las tapas.

Sobrevivientes de las minas. Llegados a viejos por una excepción privilegiada que no alcanzó para los cientos de nuestros compañeros de trabajo que se quedaron en el camino, creíamos que teníamos la fortaleza que te da el haber conocido el infierno de los pozos y los socavones, la oscuridad que no da tregua y que te deja medio ciego y el insoportable ruido de explosiones que te deja medio sordo.

Veníamos de Langreo, de Mieres, de Gijón, y nos habíamos hecho amigos, décadas atrás, en el trabajo extenuante y la vida al límite, el alcohol triste o festivo, las bravas luchas

mineras en medio de la solidaridad de la gente. Habíamos migrado a Madrid con el cierre uno a uno de los pozos de la cuenca minera después del encierro del pozo Barredo, que empezó en un domingo nublado de 1991, tan cerca de la Navidad. Nos esforzábamos por guardar la memoria de aquellos 36 hombres que se encerraron en la cuarta planta de la mina, a 400 metros de profundidad, para protestar contra el cierre de las minas y el final de la vida que conocíamos. No habíamos regresado nunca más a aquellos territorios mineros para no ver las ruinas o la chatarra del olvido.

Con Antonio, los dos apoyados el uno en el otro íbamos a por el tercero, el bueno de Manuel, y entre los tres pasábamos el día bromeando sobre los viejos amores, recordando el tiempo en que yo decía ser el más guapo, recapitulando las tantas revueltas mineras y el trabajo que tenía la policía con nosotros. Resucitando los antiguos triunfos deportivos del CD Lealtad, del UP Langreo, las casi olvidadas derrotas. Riendo de las malas pasadas que nos hacía nuestra memoria arenosa. Ayudándonos a rememorar, a nombrar los lugares y las personas, como si así las pudiéramos escribir en la historia, porque dicen que lo que está escrito dura un poco más.

Llegó el peor momento en Madrid. Rodeados de enfermos y de muertos, nos encerramos cada uno en su piso, confinados, charlando largo y tendido por teléfono, sin afeitarnos, sin vernos, cada vez más faraguas, sin saber que a cada día que pasaba Manuel se quebrantaba más y Antonio declinaba

BAR



sus ganas de resistir haciendo inalcanzable el momento del reencuentro.

Uno después del otro se marcharon sin despedirse y me di cuenta de que me quedaba solo. Esa noche grité por mi ventana a la ambulancia que partía con el último de mis amigos: “¡Esperad, no me dejéis solo! ¡Volved por mí!” Y añusgado de nostalgias permanecí mirando el par de fotos cenicientas que me quedaron de la historia de toda nuestra vida.

Soy el guardián de esos recuerdos. No saldré. Temo que, si salgo, Antonio y Manuel no me puedan encontrar a su regreso.



*Primer premio microrrelato 2022*  
**DESEO CUMPLIDO**  
*María Del Carmen Gallardo Peña*



**C**orrí para coger el autobús que me acercaría al centro comercial. Quería aprovechar las últimas rebajas y tener un día solamente para mí. Disfruté del trayecto, de ver a tanta gente entrar y salir en cada parada con prisas por llegar, quién sabe dónde.

En la calle me fascinó el color del verano, su bullicio, y el maniquí de ojos penetrantes que me miraba desde el escaparate, envuelto en una elegancia etérea. Me adentré en el local abarrotado de antojos.

Pese a la resistencia del propietario, pude comprar el maniquí. Siempre quise tener un hombre silencioso en casa.



*R*ELATOS  
FINALISTAS  
2022



# DIÓGENES

*Fluixa Villanueva Calderé*



**A** la señora Margarita le gusta su casa. Lleva toda su vida viviendo aquí. Es amplia, tiene seis habitaciones, mucha luz y se encuentra situada en el barrio antiguo de la ciudad. Su padre trabajaba de obrero en la construcción; la compró a un buen precio y la reformó totalmente.

Cuando se casó se quedaron a vivir con su familia. Ahora está sola, rodeada de sus recuerdos. Es la persona de más edad de la finca; cada día le cuesta más bajar y subir los cuatro pisos del edificio, que todavía no tiene ascensor.

De joven trabajó como modista en el único teatro de la ciudad. Se ganaba bien la vida. Confeccionaba los vestidos de los actores y actrices y también ayudaba cosiendo los decorados. Ahora ya no lo hace, su vista ya no se lo permite.

Hoy espera la visita de su único hijo. Este le envió hace unos días un mensaje para comunicárselo. No le contestó. “Es un interesado, algo querrá”, pensó. De todas formas se ha quedado en casa y espera que no se quede demasiado rato.

Desde que volvió del extranjero, donde residió muchos años, no ha encontrado trabajo. Le pide dinero constantemente y nunca se lo devuelve. Lleva años sin preocuparse de ella y nunca la ha tratado bien. No se ha sentido querida jamás.

Ha sonado el timbre. Se hace de rogar. Él insiste varias veces hasta que ella finalmente abre.

—Mamá, ¿cómo estás? Te escribí un mensaje pero no me has contestado —le dice su hijo al entrar. Como siempre viene con prisas.

—No tengo tiempo para estar con el móvil a todas horas —le contesta ella.

El hijo accede al salón por un pasillo lleno de muebles apilados. Nada ha cambiado, sigue repleto de cajas de cartón y de objetos que lo cubren todo. Tropieza varias veces hasta llegar al centro.

—¿Cómo puedes vivir así? ¡Deberías tirar todo esto!

—Es mi casa, yo vivo como quiero —le contesta.

El hijo empieza a agobiarse. Ha venido para pedirle dinero. Pero no es este el único objetivo. Tiene previsto poder quedarse con la casa para vivir en ella y cree saber cómo hacerlo: primero recuperará la confianza de su madre, después se instalará, más tarde la obligará a hacer un testamento a su favor y finalmente la ingresará en algún centro, alegando su edad y su salud mental.

Sabe que lo tiene difícil, su madre es muy terca, pero confía en que todo cambie.

—¿Tienes un poco de agua? ¿Puedo entrar en la cocina? —le pregunta.

—¡No entres! Aquí tengo una botella sin abrir —y saca entre unas cajas una botella llena de polvo ofreciéndosela de mala gana.

—Gracias. Espero que no esté caducada...

—¿Quieres algo más? Ya ves que estoy bien. No necesito nada.

Bebe del envase directamente; está caliente. Prefiere no pedir un vaso, por si acaso.

El hijo da un repaso a la sala; está peor que la última vez. La puerta del baño, al cual se puede acceder desde allí, está prácticamente tapiada por bolsas de todos los colores y tamaños. No quiere ni pensar en cómo estará la cocina, la última vez que entró había un montón de platos por limpiar y muchísima basura.

Se fija también en que la pintura de las paredes está des-  
conchada y ya no se pueden ver los dibujos de flores que alegraban la estancia. Vivió aquí hasta los dieciocho años; su madre cuidaba muy bien de este hogar.

—Creo que deberíamos llamar una brigada de limpieza. No sé cómo puedes respirar. Deberíamos abrir los balcones un poco, que entre el sol y salga el polvo —insiste, y nota que empieza a no encontrarse muy bien allí dentro.

Observa los balcones, que están detrás de un montón de electrodomésticos viejos que parecen inservibles. No tiene fuerza para apartarlos. Mira a su alrededor y se desmoraliza. Todas sus intenciones se paralizan. Se le hace un mundo tener que limpiarlo todo y seguir discutiendo con su madre. Piensa que ya volverá cuando esté más receptiva.

No le queda otra que seguir viviendo de momento de sus amigos y de alguna nueva novia.

—Mamá, me voy. Ya vendré a visitarte otro día.

—No tengas prisa.

—Bien, cuídate. —No puede besarla, ella le aparta la cara, no le contesta y cierra la puerta de golpe.

Margarita se dirige lentamente hacia la cocina. Dentro de ella, hacia el fondo, hay una pequeña puerta que abre con cuidado, después de apartar los trastos que tiene delante. Tras ella, cincuenta metros cuadrados de un espacio perfectamente ordenado, limpio y acogedor. Un espacio que su padre ideó al reformar el piso y que su hijo probablemente ya no recuerda.

Como tampoco sabe que el testamento ya está hecho y que su nombre no aparece en él.

# EL BRILLO DE LA SEDA

*Elena Casero Viana*



**L**eonor:

Anoche, vencido por el cansancio, en esos instantes en que el cuerpo comienza a ser ligero y la mente un revoltijo de ideas inconexas, poco antes de que el sueño me alejara del mundo, pensé en ti. Debería considerarlo como un suceso extraordinario, ya que rara vez eso me sucede. El cerebro, ese músculo prodigioso que no siempre nos previene de los recuerdos ingratos para evitar que caigamos en la locura y lo arrastremos a la nada, me devolvió un fragmento de mi pasada vida, un resto que llegó a la orilla de mi memoria, como la crujiente ola que araña la arena. Entre ese revoltijo y los restos del naufragio apareció la foto y me hizo recobrar la vigilia. En mi mente se plasmó aquella noche y la nítida visión de tus piernas sinuosas, las medias de costura que realzaban tu pantorrilla y que tanto me excitaban, y con todo ello, la oscuridad como envoltorio de la seducción.

Te hablo, por si lo has olvidado, de aquella foto que te hice hace muchos años y que formaba parte del proyecto para la exposición de la galería de arte, una recopilación de mi obra de los últimos diez años. ¿Lo recuerdas ahora? Deberías hacerlo. Fueron largas noches de montaje en el laboratorio, noches de insomnio, cenas y desayunos a deshoras. Eso fue mucho antes de que el laboratorio fuera sustituido por un ordenador, una impresora de alta resolución y el revelado digital. Sí, deberías recordarlo porque tú recogiste el premio en mi nombre.

Esta mañana la he buscado. He tardado un poco en dar con ella. Hasta el punto de pensar que la había perdido. No. No debo mentir. Aquello se acabó. Ya me he acostumbrado a no disfrazar la verdad (más que lo estrictamente necesario) por mi salud mental. La foto está en mi estudio, en uno de los estantes de la derecha, aquel donde tú solías dejar tu cuenco de plata con un cúmulo de colillas abolladas, perfiladas de carmín junto con toda la quincallería que repartías por tu exquisito cuerpo.

Lo cierto es que durante mucho tiempo tuve la foto escondida para no remover rescoldos y llenar mi corazón de cenizas. Cuando creí que podía tomarla de nuevo entre mis manos y mirarla sin sentir que el ácido me llenaba la boca, la volví a exponer a la mirada de todo aquel que entrara en casa (que nunca era mucha gente). Ya sabes que todos pensaban que era una foto perfecta, aunque tú afirmarás que hubiera quedado mucho mejor si en lugar de tus piernas hubiera estado tu cara.

Es la única fotografía. La única que existe de tu paso por mi vida. Me dejaste un huracán de recuerdos y pesadillas.

El armonioso contraste entre la tenue luz de aquella farola empañada de humedad que revoloteaba sobre tu tobillo izquierdo, el que estaba retrasado en tu paso satisfecho y la sombra con que tu falda suavizaba la costura de la media me sigue subyugando. A escasos centímetros del suelo el tacón se alzaba recto y decidido. La seda negra despedía débiles guiños de luz que llamaban la atención de los viandantes. Después me observaban con curiosidad y cierta envidia mientras seguía con mi cámara de fotos el halo lúbrico de tus piernas.

La foto, desde que decidí no mentirme, sigue apoyada sobre los libros de un estante. La contemplé durante unos minutos. La foto me sigue pareciendo hermosa (a pesar de todo), una pequeña obra de arte, el resultado de horas de insomnio hasta lograr el efecto deseado. Meditando sobre ella durante la noche, una vez que era incapaz de conciliar el sueño, llegué a la conclusión de que si la especie humana fuera capaz de leer los mensajes que contienen los pequeños detalles nos daríamos cuenta de que algunos son premonitorios. Si lo hubiera sabido entonces me hubiera ahorrado unos cuantos disgustos. ¡Qué fácil me resulta hablar ahora, que soy capaz de observarla alejándome de su significado!

Desde el principio, desde antes de su revelado, cuando mi ojo estaba pegado al visor, la encontré cargada de tentaciones. Por un lado, la noche, el abrigo de la oscuridad que envuelve la vida en irrealidad, cuando todo adquiere una dimensión

distinta en el mundo; en otro plano, las piernas de una mujer que se aleja caminando y deja tras de sí, a sus pies, con indiferencia, unos objetos que parecen haber sido rechazados (una taza con su platillo, un sobre abierto y su contenido apesado bajo el tacón que rasga el asfalto), quién sabe si por inservibles, por despecho o por cansancio.

Pocos meses después de recibir el premio los pequeños detalles se me revelaron con su carga de indescifrables mensajes: la taza se hizo añicos al resbalarse de entre mis manos, el sobre apareció cerrado sobre la mesa del ordenador y su contenido me rasgó el alma.

Y me persigue ese mismo sentimiento cada vez que miro la foto en la que tus piernas parecen querer desvanecerse y solo quedamos a su alrededor los objetos inservibles.

## ENTRE PÁGINAS

*Pedro María Díaz Pedrosa*



**L**a dedicatoria escrita en grandes letras azules ocupaba la primera página del libro elegido por el grupo de lectura para el mes de enero: “Para Candi, pasión de mi vida. Maika”.

Encontré aquel ejemplar en la librería de segunda mano de la que me había convertido en asiduo visitante desde que llegó mi jubilación.

Cada día leía aquella frase de forma obsesiva pensando en la historia que podía esconder.

Pasadas las Navidades retomé las visitas a la librería. En el último estante de la sección de poesía localicé el libro elegido para febrero. Al hojearlo, cayó un marchito pétalo de rosa que volví a colocar entre sus páginas.

En días sucesivos descubrí otros ejemplares con anotaciones escritas a mano y palabras subrayadas. Incluso encontré una tarjeta postal en un manual de ecología y una antigua entrada de cine en un libro de teatro.

Sin reparar en títulos ni autores, comencé a comprar libros que tuviesen algún pequeño rastro de vidas desconocidas.

Así, sobre la mesa de mi escritorio se fueron apilando las obras adquiridas, hasta que una mañana, tomando el libro de la dedicatoria, comencé a imaginar la historia oculta tras las siete palabras:

Maika, cajera del supermercado de un centro comercial, estaba cansada de su rutinaria vida. Soñaba con ser domadora de tigres en cualquier circo ambulante para someter con el látigo al grupo de fieras que aguardaba un fatal descuido.

Pero lo más parecido a aquel sueño imposible era la franja de tela imitación de piel que ella misma había cosido en la delantera de un chaleco vaquero de rebajas. La vida cobraba sentido cuando cada noche compartía pasión con Cándido, la eterna pareja que se transformaba olvidando su condición de serio funcionario de la Agencia Tributaria...

Las ideas fluían y empecé a escribir con soltura el inicio de este relato, que en pocos días se transformó en un breve cuento.

Animado por la inspiración, tomé el libro de poesía y, sujetando el pétalo entre los dedos, pensé en su anónimo lector:

Alberto, guarda de seguridad en una discoteca donde la visión de sus brazos tatuados ponía orden entre las filas de jóvenes, sentía verdadera emoción con la lectura de poemas. Sabía que era un tema prohibido en las conversaciones entre amigos.

Jamás entenderían los profundos sentimientos que le despertaban unos versos ni la oculta pasión que sentía por las rosas que cada jueves compraba para colocar en su habitación. Desde pequeño había llevado una vida fingida sin perder esperanza de poder compartir con alguien aquellas ocultas aficiones...

Tampoco esta segunda historia me disgustó, aunque el final resultó demasiado previsible.

Animado por el éxito abordé un tercer relato.

Del manual de ecología tomé la tarjeta postal, con una magnífica vista de un volcán chileno. Estaba dirigida a Dulce, a la que un comunicante regalaba cariñosas palabras de recuerdo:

Era una joven mapuche que, gracias al esfuerzo familiar, había logrado ser ingeniera agrónoma. Tuvo que huir al sentirse amenazada por su activismo en defensa de los bosques frente a las potentes empresas madereras llegando como refugiada a nuestro país.

Después de tener multitud de trabajos, ahora se ocupaba del turno de noche en una residencia, recibiendo un reducido sueldo que apenas le permitía sobrevivir. Soñaba con volver a su tierra y luchar por conservar aquellos añorados bosques...

Con el tercer relato descubrí la capacidad creativa que me despertaban aquellos hallazgos casuales, activando una oculta vena literaria que me aportaba agradables momentos de felicidad.

Detuve la mirada en la entrada de cine hallada entre las páginas de otro libro y retomé mis particulares fantasías:

Apasionado por el teatro y el cine, Jacinto, un profesor jubilado que vivía en soledad desde que el cáncer se llevó a su mujer, decidió recopilar algunos objetos que había compartido con Adela: una pequeña máscara de Carnaval traída de un viaje a Venecia, la pluma estilográfica comprada con el primer sueldo o la entrada del Cine Moderno para ver *Los puentes de Madison* y celebrar entre lágrimas un nuevo aniversario de boda.

Desde que sus amigos le presentaron a Julia, se debatía entre anclarse en la nostalgia del pasado o encarar un desconocido futuro lleno de vértigos e incógnitas...

Seguí durante semanas visitando la librería con el único deseo de encontrar libros con alguna carga emotiva que estimulara mi imaginación.

Recorría cada estantería del local hojeando todos los ejemplares ante la sorprendida mirada de algunos clientes y la complicidad del encargado.

Encontré extrañas dedicatorias, singulares anotaciones y algunas sorpresas: la tarjeta de una notaría, un billete usado de metro y anuncios con la edición de nuevas obras literarias. Incluso me sorprendí con las ideas que me despertaban unas tenues manchas de café en una página de una novela policiaca:

Carmen, celadora del turno de noche en un hospital, gozaba comiendo en restaurantes vegetarianos, sentía pasión por las coplas y disfrutaba con las historias de misterio. Sus compañeros bromeaban con ella cuando llegaba siempre puntual al trabajo conduciendo su moto de color violeta y llevando un casco con el símbolo de la paz.

Pasaba parte de la noche leyendo y, con el café de su termo, procuraba vencer el inoportuno sueño que siempre aparecía sobre las cuatro de la madrugada...

El mayor estímulo lo tuve cuando creí ver unas imperceptibles manchas de lágrimas en una obra dedicada al estudio de cien obras maestras de pintura:

Masud, joven sudanés que se ganaba la vida como mantero, aprendía castellano por las noches con la ayuda del grupo de voluntarios de una ONG. Compartía piso con otros compañeros y había decorado las habitaciones con los cuadros que él mismo pintaba. Eran obras llenas de luz y color en las que reflejaba los paisajes de su tierra.

Aprendía nuevas palabras leyendo los textos que acompañaban las imágenes de los libros de arte y lloraba en silencio cada noche al recordar a la familia que sobrevivía en una remota aldea de su país gracias al escaso dinero que les enviaba...

Pasan los días y visito la librería cada semana en busca de nuevos estímulos, alternando mis lecturas con una nueva afición por escribir relatos.

Ahora, entre las páginas de mis lecturas, dejo pequeños restos: una vieja tarjeta postal, algunas fotografías anónimas, o incluso los resguardos de compras recientes.

En los libros que me gustan y me hacen crecer, escribo una breve dedicatoria inventada o subrayo ciertas frases.

Quiero pensar que, cuando el destino los lleve a manos extrañas, habrá alguien que imagine otras vidas a partir de las pistas que he dejado entre páginas.

## ESTAS COSAS OCURREN

*Gloria Almontariz Pérez*



**L**a primera vez que Matías Gozávez se vio al otro lado del espejo sintió cierta desazón y regresó presuroso al mundo de lo previsible.

Aunque retomó su vida normal con sus hábitos y ritos de siempre, el recuerdo de esa extraña experiencia le perseguía en todo momento.

Cada día le resultaba más difícil dominar la tentación de volver, hasta que esta le venció sin remisión.

La segunda vez ocurrió en unos grandes almacenes. Matías Gozávez estaba en el probador de caballeros ante un espejo de grandes dimensiones, de esos que le dejan verse a uno de cuerpo entero, sin regatear límites.

Tímidamente, empujó el marco de la superficie pulida y brillante y sin apenas darse cuenta se halló al otro lado, participando como protagonista de una estampa que le era familiar.

Paseaba con su perrita Dora en el mismo lugar y momento en que una furgoneta de reparto la atropellara cinco años atrás. Matías Gozávez vio la furgoneta aproximarse calle abajo a toda velocidad y probó suerte con el pasado. Cogió a Dora en brazos y esperó en el paso de cebra a que el vehículo se alejase.

—Señor, señor, ¿se encuentra bien, señor?

Matías reconoció la voz amable del joven dependiente de los grandes almacenes.

—Sí, sí. No es nada. Estoy...

—Ha sufrido usted un desvanecimiento. Siéntese. Le traeré un vaso de agua.

Matías Gozávez se palpó queriendo así asegurarse de que estaba entero, de que era él, el Matías del mundo real.

Una vez recuperado, abandonó los almacenes y se fue dando un paseo hasta un parque próximo. Sentado en un banco, cerró los ojos y reprodujo fielmente cada uno de los momentos vividos al otro lado del espejo. Pensó en Dora, su Dora, su perrita, y cómo en ese extraño viaje la había librado de morir aplastada por la furgoneta. Matías Gozávez intuía que lo experimentado una hora atrás en ese probador pertenecía a otra dimensión.

“Me estoy volviendo loco”, pensó.

Los días siguientes transcurrieron en un devenir de sensaciones contradictorias. Por un lado, la inseguridad, mezclada con el miedo, ante lo que podría descubrir en esas incursiones al pasado; por el otro, la curiosidad por comprobar hasta dónde la extraña situación le permitiría cambiar el rumbo de acontecimientos ya vividos.

Porque, si había sido posible una vez, perfectamente podrían plantearse nuevas oportunidades.

Matías Gozávez se propuso hacer de todo ello una cuestión privada, íntima: ensayar libre y conscientemente sus futuras incursiones al otro lado. Para ello, encargó un espejo de dos por ochenta y lo colocó en su dormitorio.

Los primeros intentos por traspasarlo fueron vanos, decepcionantes para un Matías Gozávez que parecía resignado a poner fin a su aventura. Y una mañana, mientras se anudaba la corbata frente al espejo, volvió a suceder. Se encontró de repente paseando por La Avenida y vio a Isolda, su gran amor, en la parada del autobús. Esta vez no pasó de largo, como hiciera veinte años atrás, sino que la abordó con cierta impaciencia y la invitó a tomar un café en el Livingstone. Isolda aceptó. Quizá era eso lo que esperó de Matías durante mucho tiempo: un poco de coraje.

Ambos caminaron calle abajo, felices, sin reparar en nada más que en sus cómplices miradas, en sus gestos de aproximación.

A escasos metros del Livingstone el mundo se nubló para Matías Gozávez, quien se halló tendido sobre la suave alfombra de su dormitorio. Un escalofrío lo sacudió; entre sollozos susurraba el nombre de Isolda en una letanía dolorosa. No obstante, tuvo de reconocer que esta vez las sensaciones físicas como consecuencia del viaje fueron menos traumáticas.

Fue a partir de ese día que Matías Gozávez se hizo el firme propósito de recuperar a la Isolda del otro lado del espe-

jo. Pronto adquirió una gran maestría en las incursiones; en ocasiones llegó a realizar hasta tres diarias.

Protagonizó situaciones diversas y variopintas. Paseó con sus padres, recientemente fallecidos, por la plaza Mayor. Comió con amigos de los que nada sabía desde hacía años. Consultó archivos en su anterior trabajo. Pero jamás volvió a coincidir con Isolda. El agotamiento por los vaivenes y las frustraciones hicieron mella en las esperanzas de Matías, quien asumió que recuperar ese viejo amor ya no estaba a su alcance.

Era la segunda vez que Isolda desaparecía de su vida. La primera pilló a Matías Gozávez con veinticinco años. Ella se fue a Estados Unidos, él no le pidió que se quedara. Habría sido tan fácil, pero le pudo el orgullo y ya no hubo marcha atrás. También es verdad que era joven y conoció a otros amores. Pero ella, Isolda, siempre estuvo ahí. Quizá por eso dolió más esta vez.

No hubo más incursiones voluntarias al otro lado del espejo; es más, Matías Gozávez hizo todo lo posible para evitar ese extraño medio de transporte y las escasas ocasiones que casualmente se produjeron no merecen la pena ser contadas.

Todo este trasiego de lo inesperado a lo previsible y viceversa no solo menoscabaron el ánimo sino también la salud de Matías Gozávez. Alejarse de los espejos fue su primer propósito, y tomarse unos días libres fuera de la ciudad, el segundo. Sin embargo, fueron vanos todos los intentos de olvidar a Isolda. Asumió su condición de condenado a cargar con ello. Y así fue durante mucho tiempo.

Dos años después de aquellos extraños sucesos con los espejos, Matías Gozávez supo por un antiguo compañero de estudios que Isolda estaba en la ciudad, que hacía casi un año que había regresado de Estados Unidos y que había empezado una nueva vida a unos seiscientos metros de él.

Debía elegir entre un instante y el abismo. No era fácil, pero Matías Gozávez lo apostó todo a una carta. Por una vez en su vida decidió ser valiente y bracear en lo inesperado.

Ese mismo día recuperó el espejo y se preparó para lo que consideró el gran viaje, una auténtica transmutación. Y por fin lo vio todo claro: la clave no estaba en buscar sino en creer.

Matías Gozávez consultó su reloj, eran las siete, la hora perfecta para una cita en el Livingstone. Se situó delante del espejo, repasó su aspecto atildado y se perdió definitivamente en él.



# LA NOCHE DEL JUEVES

*Fernando Ruiz de la Fuente Perera*



Como cada noche, salió poco después de las nueve y media de casa y se dirigió hacia la fábrica. El turno de vigilante de mantenimiento empezaba a las diez y terminaba a las seis de la mañana. No es que ese trabajo lo volviera loco de alegría ni fuera el empleo soñado, pero no requería un gran esfuerzo, era muy cómodo, habitualmente llevadero y no estaba mal pagado si añadía al salario las horas extras que le permitían realizar los jueves, día que hipotéticamente libraba.

Aquellos sobresueldos venían muy bien, eran cinco en casa y los cinco comían, y de qué manera, todos los días. Sobre todo los tres pequeños. A ellos los veía por la tarde, eran la luz de sus ojos.

El único día que podía pasar completamente con ellos era el domingo. Salía con Rosa y los niños al parque, les compraba un helado y jugaban a ver quién corría más y a esconderse

detrás de algún árbol. Tres chicos que lo extenuaban. En ese paseo Rosa lo ponía al día de lo ocurrido en la semana y le detallaba todo aquello que había ido quedado pendiente durante los últimos días. Era una mujer inteligente, luchadora, y él sabía reconocer que le hubiera podido ir mejor si al final no lo hubiese elegido a él y al futuro que aportaba con el trabajo en aquella fábrica de humos y niebla.

Eran tiempos difíciles, de escasez y sacrificio, de rascar aquí y allí para conseguir salir adelante, sobrevivir.

Tenía poco trato con la gente que trabajaba en la central a esas horas. Con el que sí hizo migas fue con Ramón.

Ramón era un hombre inquieto, curioso, sagaz y con refinado desparpajo. Llamaba la atención por su porte desgarrado, pareciendo estar siempre de buen humor. Dominaba la situación, sobresalía por su ingenio y le complacía ser el centro de atención.

Quince días antes de marcharse de forma precipitada, no tuvo ni siquiera tiempo o ganas de despedirse, y Ramón le propuso abandonar un par de horas el trabajo. Darían una vuelta por un lugar que conocía bien, El Refugio, donde seguro que pasarían un rato agradable. “Ya verás qué sitio, siempre con gente”, dijo mostrando una sonrisa pícara.

Aunque al principio tuvo dudas en ausentarse de sus quehaceres sin motivo justificado, en cualquier momento podía pasar cualquier cosa. También era verdad que en el tiempo que llevaba en el trabajo nunca había pasado nada que no pudiera esperar un par de horas para ser resuelto.

Tardaron casi media hora, a buena marcha, en llegar al lugar señalado. La fachada de un edificio sombrío aventuraba bien poco qué podía ocultarse tras ella. Lo único que se apreciaba era una puerta metálica en un muro de ladrillo sobre el que podía verse un pequeño cartel donde se leía “El Refugio”. La calle apenas estaba iluminada. Jamás había estado por la zona. Ramón llamó a la puerta y unos segundos después un hombre corpulento los escrutó durante un instante; los dejó pasar.

De pronto, tras pasar por una antesala insulsa, se abrió un mundo nuevo ante sus ojos. Un cubil lleno de gente y luces dominaba la escena. Mesas, muchas botellas y un escenario al fondo en el que unos músicos se retiraban supuestamente después de que acabaran de ofrecer su repertorio. Ramón saludaba aquí y allá, parecía tener la palabra adecuada para cada cual al que se dirigía.

La gente reía y aparentaba satisfacción. Allí debían estar todos los triunfadores de la zona. No es que se sintiera desplazado, pero estaba claro que este sitio no parecía para él. Mientras examinaba aquel local, un hombre de traje azul marino y pelo engominado se subió al escenario y anunció lo que debía tratarse de una nueva actuación:

“Señoras y señores, a continuación la cantante venida de muy lejos, la cantante de voz conmovedora. Con todos ustedes: Solita.”

Entonces apareció ella, con su vestido de terciopelo, la piel blanca y un cuello delicado muy largo. Acercó su boca al micrófono y, sin tan siquiera saludar, comenzó a cantar.

Cautivado desde el inicio, la siguió con la mirada durante toda la actuación. La gente en las mesas seguía discutiendo y riendo. No podía dejar de escuchar aquella voz melodiosa a la vez que la miraba fijamente. Tenía unos ojos oscuros que, poco a poco, empezaron a clavarse en sus pupilas. Las letras de las canciones le parecieron hechas expresamente para él.

La vuelta a la fábrica resultó interminable, todo lo contrario que había ocurrido a la ida. Ramón comentaba las vicisitudes de la noche. La central permanecía en el mismo lugar, no había ocurrido nada reseñable y a las seis volvió a casa.

La semana posterior regresó con Ramón al mismo lugar. Pocos días más tarde, Ramón desapareció. Nadie supo darle noticia alguna de su marcha.

Esta ausencia no le impidió acudir al siguiente jueves por la noche a El Refugio. No sin cierta sorpresa, comprobó cómo le abrían la puerta y, esta vez sin acompañante ni saludos a discreción, volvieron a ofrecerle una mesa.

De nuevo ella. Media hora de sensaciones encontradas, de sentimientos a flor de piel y de miradas cruzadas. Empezaron los escalofríos. Hacía mucho tiempo que no se estremecía.

A partir de ese momento, la visita a aquel antro se hizo periódica todos los jueves. En cada una de ellas el pulso se le aceleraba.

Por fuera, la vida continuaba con el mismo rumbo. Rosa y su tenacidad, su buena administración y sus primeras canas.

Ruidos de cambios en la empresa. Días de lluvia. Días de jueves.

Casi amanecía cuando entró en casa. Colgó la chaqueta en el perchero y con pasos cortos se dirigió al cuarto de los niños. Allí dormían, la poca luz que a esa hora entraba por la rendija de la ventana le permitió ver sus caras. Tranquilidad, quietud, inocencia. Sonrió ligeramente y se dio la vuelta, encaminándose hacia su dormitorio. Abrió la puerta cautelosamente y entró.

Se quitó la ropa en silencio, se puso el pijama y se acostó.

Sintió la respiración de Rosa, se acomodó a su lado y puso suavemente una pierna por encima de las de ella, que hizo un ligero movimiento para seguir en la misma posición. La miró de forma tierna mientras su cara dibujaba una leve sonrisa. Cuántos años pasados a su lado, cuántas vivencias. Su equilibrio, su sosiego, su serenidad.

Pronto amanecería. Rosa despertaría a los niños, los vestiría, les daría el desayuno y los despediría hasta la hora de comer cuando volvieran del colegio.

Tumbado en la cama pudo imaginar aquel garito, de luz tenue y ruido de risas, de humo y choque de copas, de trajes y relojes caros. En el escenario estaba Solita, cantando, mirando a todos y a ninguno, sonriendo a ratos, con la expresión irónica que oculta la tristeza. Un cigarrillo entre sus dedos con el que representaba el juego de la insinuación que seduce. Detrás sonaba una guitarra, pero el único sonido que percibió fue el de su voz, dulce, pausada, mezclada a veces con el disfraz de la alegría y el desenfado que exigía el lugar.

Se fijó en su vestido de terciopelo negro, en su cuello blanco muy largo y en su pelo recogido. De repente sintió un escalofrío y a la vez que llegaba la inconsciencia pensó que ojalá fuera de nuevo jueves.

# LA SEÑORA LOCA

*Victoria Elias Villaverde*



**L**a casa estaba algo apartada del pueblo; una casa medio derruida: la chimenea negra, los cristales rotos por donde las cortinas hechas jirones se colaban como velas bailarinas al compás del viento. Una tapia de piedras sin apenas argamasa rodeaba un pequeño huerto que rodeaba la casa, donde rondaba la miseria, donde moría el tiempo.

Por las tardes, después de la escuela, merendar y sumar, los chiquillos jugábamos por los arrabales al escondite, a buscar tesoros, a escalar tapias y a matar hormigas mientras contábamos historias de miedo.

El lugar preferido era la casa medio derruida; trepar la tapia que tapaba el mundo de nuestras fantasías. Escalábamos el muro de la casa y el de nuestra imaginación. Y allí estaba. Siempre. Cada día, cada hora, cada luz u oscuridad, cada viento, cada dolor o cada sueño.

“¡Señora loca, señora loca!”, gritábamos exaltados los chiquillos.

Solía estar sentada en una silla de mimbre, donde se balanceaba, no porque fuese un balancín sino porque la silla estaba coja. Sobre ella había un cojín con manchas y agujeros.

A cada paso tropezaba con los cachivaches que poblaban su espacio: una regadera rota, una azada sin mango, platos de metal con algo de agua, un libro de poemas sin tapa y otro de cánticos religiosos. La mayoría parecían objetos inservibles; a otros les daba el uso que a su confundida memoria le satisfacía, es decir, los utilizaba como le daba la gana en cada momento.

Tenía unos cubiertos ennegrecidos que quizás por dentro eran de plata. Con el tenedor se rascaba la cabeza y la espalda, produciéndose profundos arañazos en la piel blanda y envejecida. Con la cuchara se ayudaba a meterse unos zapatos que debían ser dos o tres números grandes, por lo que a veces se dejaba la cuchara dentro; unos zapatos negros de tacón que pertenecieron a la mujer que un día debió de ser pero que los años habían dejado consumida. Con la punta del cuchillo se limpiaba las uñas ennegrecidas y con él nos amenazaba. “Venid aquí, hijos del demonio, que os voy a matar.”

La señora loca vestía elegante con un vestido negro de encaje, roto, con el que posiblemente se había casado. En casa de los abuelos todos habíamos visto fotos de novias vestidas de negro.

Alrededor de la casa había un huerto baldío; solo tenía decenas de macetas con plantas muertas. Y gatos. Muchos gatos, a los que la oíamos llamar “hijos míos”.

Solo cuando llovía se quedaba dentro de la casa. Esos días los chavales no nos quedábamos encaramados a la tapia; queríamos ver qué hacía dentro y saltábamos al huerto. Nos acercábamos a la casa y a través de los cristales la observábamos.

Dentro de la casa tenía un altar con vírgenes, santos, fotos de todos sus muertos y velas apagadas. Cuando rezaba se arrodillaba en un reclinatorio forrado de terciopelo raído. Debajo de la tabla donde apoyaba las rodillas, el serrín de la carcoma alfombraba el suelo. Se ponía un velo negro que sujetaba con un alfiler de cabeza gris perlado que apenas podía sujetar en su escaso pelo. A veces se lo clavaba en el cuero cabelludo. Algunos hilillos de sangre le recorrían la frente como a un cristo con corona de espinas.

Se enroscaba un rosario alrededor de las manos y comenzaba a rezar. Así horas, moviendo los labios en un bisbiseo que oíamos desde la calle. Ponía los ojos en blanco, como en trance. A nosotros nos parecía una más de las vírgenes del altar.

Un día de esos en que la espiábamos vimos que en el altar tenía más parafernalia que de costumbre: encendió todas las velas, quemó alguna hierba que desprendía un olor extraño, puso rastrojo que arrancó de una de las macetas, una pata de conejo —o de gato, ya que desde la ventana no pudimos diferenciar— y otra serie de elementos que los niños no supimos identificar.

La señora loca, como siempre vestida de novia, o de viuda, o de difunta, pensábamos al verle la cara tan blanca. Ese día

además del rosario llevaba varios anillos, collares y algún alfiler prendido entre sus ropas. Como siempre, el velo negro cubriéndole el pelo blanco y parte de la frente, coronada por hebras de sangre seca. Se arrodilló en el reclinatorio y se dispuso a venerar a sus vírgenes y sus muertos, mientras los gatos maullaban entre sus piernas.

Pasó mucho tiempo con su murmullo; estática, los ojos fijos en alguna de sus vírgenes y, como a ellas, le caían lágrimas por las mejillas que nos parecían bolitas de cristal.

Pasó postrada tanto tiempo que pensábamos que se había quedado muerta de rodillas. Así debió ser, porque vimos cómo se caía del reclinatorio y quedó tendida en el suelo.

Los chiquillos asustados echamos a correr. En el último instante alcanzamos a ver como los gatos le lamían la sangre de la cara.

# NOVIEMBRE EN EL MENÚ

*Agustín García Aguado*



**S**ucedió como suelen pasar las cosas que terminan marcándonos para siempre. Primero fue un aldabonazo en mitad de la noche, un repicar de campanas que parecían anunciar el fin del mundo y, por último, escuché un goteo cadencioso en el grifo del lavabo. Me desperté empapado en sudor, quise tentar el cuerpo de Charo, mi esposa, y comprobé extrañado que allí donde debía estar su cabeza recostada sobre la almohada figuraban las dos mitades de una sandía de hogaño. Era la madrugada del 23 de noviembre. Lo recuerdo muy bien, porque la noche anterior habíamos celebrado nuestras bodas de plata y terminamos algo achispados después de digerir una cena copiosa regada con buen vino de La Rioja. No podía ser, pensé con lógica, que en aquella fatídica hora de la madrugada fuese a cambiar el sentido de mi vida como quien se desprende sin quererlo de unos viejos calcetines. Mi mujer convertida en un pepón con semillas, nada

menos. Me esforcé para levantarme de la cama y, cuando lo logré, me pareció ver a mis dos hijas colgando como labores de macramé bajo la lámpara Tiffany del dormitorio. Debía de andar coqueteando con la locura: la edad a veces no perdona, y estaba casi seguro de que el problema solo era algo personal. Eso supuse, pero cuando me arrastré a la cocina con objeto de hacerme un café y recuperar en lo posible la calma, creí ver a mi padre, muerto hacía veinte años. Podía oler su colonia fresca como un almizcle tristemente reconocible. Se ocultaba detrás de la nevera igual que un ratón perseguido por las garras de un gato hambriento, y en sus ojos pude advertir una pena de hombre derrotado. Recordé la noche en que murió. Antes de exhalar su último estertor, agarró mi mano y me habló de la importancia de mantenerme íntegro y cabal en el mundo. Me dijo: “Quique, sé siempre el mismo, no hables nunca con la boca llena y procura hacer el bien sin esperar nada a cambio.” Después, me guiñó su ojo izquierdo, como solía hacer cuando me tomaba el pelo los días en que lo acompañaba a la taberna, y se largó para siempre ante mi perplejidad y entre el dolor de sus deudos.

Era domingo, penúltimo festivo del mes de noviembre, y no recuerdo por qué mi cabeza se enredó en asuntos sin importancia. Por ejemplo, la imperiosa necesidad de pintar de blanco las paredes de la casa, el último recibo de la luz devuelto sin ton ni son por el banco...; en fin, esa clase de perversidades que solo sirven para acelerar la nostalgia de tiempos mejores. Olvidé mis tragedias domésticas y seguí buscando por todas

partes a Charo. Revisé el armario de tres cuerpos, pero solo hallé faldas y blusas perfectamente ordenadas por tonos y texturas que no supieron darme pistas de su paradero. Busqué también en la sala de la plancha. A veces, mi mujer se apartaba del mundanal ruido y se dedicaba a clavar agujas sobre muñecos de trapo como una maestra del vudú. Lo hacía solo para templar ánimos, solía decirme, pero aquella actitud hostil no dejaba de inspirarme cierta desconfianza. Quizá debería de haber llamado por teléfono a su hermana mayor (a veces se pasaban días enteros en los centros comerciales), o preguntar en el bar de la esquina por si la habían visto taconear en dirección a la cuesta del parque. Por el momento, preferí guardar la calma. Me entretuve durante veinte minutos leyendo un libro de poesía rusa y, por suerte, dejé de ver y escuchar cosas extrañas. Mis hijas, además, habían desaparecido del dormitorio como por arte de magia, y mi padre, supuse, seguiría escondido detrás de cualquier electrodoméstico. La verdad es que no me atreví a buscarlo por miedo a descubrir la verdad. La verdad que, como bien imaginaba, era esa herida abierta que siempre duele y deja huella.

Las tres de la tarde. Me hundí en el fango de la memoria como un cazador furtivo que se ha adentrado en terrenos pantanosos. Volví al dormitorio. Sentí hambre, pero mi estómago se encargó de decirme que “ni una galletita salada ni un mal yogur”. Enojado, arrojé la antología de poetas de los Urales contra las cortinas de cretona que confeccionó Charo en nuestro primer año de casados y traté nuevamente de

poner orden en mi vida. Pero la sandía seguía chorreando su jugo rosa sobre la almohada de plumas de oca como un fruto podrido que atrae a las moscas, y comencé a asustarme. Parecía que aquellas dos esferas idénticas resoplasen como si atravesaran los límites intolerables de una pesadilla, y entonces me dio por pensar que Charo había lucido siempre un corazón blando, al menos conmigo, un corazón roído por la gusanera. Quizá no me había querido nunca, y si llegó a sentir algo por mí alguna vez debió de ser un leve afecto de compañera de viaje. Veinticinco años no era nada, febril la mirada, como decía el tango, pero yo no estaba para milongas. Solo quería saber si mi esposa volvería o no a mi lado, y si regresaba, que no fuera en su precaria dimensión vegetal, que me sonriera como aquella primavera vez en la fiesta del pueblo cuando sentí mariposas en la barriga. Tenía la boca reseca, me hubiera gustado beber un vaso de agua fría o partirme la crisma, estampándome contra el taquillón del *ball*, pero no quise tentar al destino. Mi padre seguiría oculto entre platos de loza y sartenes de teflón, y nada le haría salir de su escondite. Decidí que, si a las cuatro de la tarde Charo no aparecía por la puerta, saldría en su búsqueda. Quizá la encontrase dormitando sobre un contenedor municipal como una muñeca rota o, peor, absorta bajo la sombra de un chopo del parque, dando de comer a las palomas.

A eso de la media tarde llamó por teléfono Lucía, mi hija mayor, y para mi extrañeza no preguntó por su madre. Solo quería conocer un detalle sin importancia del catastro de la

casa del pueblo. Dije no recordar nada de ninguna casa en el pueblo, y la escuché suspirar. Después, pregunté por mis dos nietos, y ella me dijo que bien, gracias y, después, añadió con algo de amargura que no perdía la esperanza de quedarse embarazada algún día. Colgué el teléfono, vi cómo la manecilla en el reloj del salón daba vueltas como un carrusel enloquecido y supe como en una revelación que Charo no volvería nunca a mi lado. Eran las seis y media de la tarde, noche cerrada, y decidí hablar con mi padre solo por no sentir el aguijón de la tristeza. Noviembre era un mes oscuro y cerrado como una boca de lobo, y mi esposa nunca abandonaría del todo su esencia arbórea. Conociendo su secreto, regresé al dormitorio provisto de un cuchillo de sierra, corté una rodaja bien hermosa de su cuerpo y me bebí feliz su dulce sangre. Solo quedaban horas para inaugurar un nuevo día, una semana más de duro trabajo en la oficina. Después, llegarían las Navidades, el Año Nuevo con sus mil objetivos personales a cumplir y, quizá, si había suerte, pintaría de blanco nuclear todas las paredes de la casa.



# ÓRGANO DE FUEGO

*V. Javier Klap Pérez*



**A**llí estaba aquella joven, en el rincón de la cantina de la mugrienta estación de autobuses, sentada ante una mesa de railite poblada de moscas, esperando, esperando a su novio, que pronto aparecería por la puerta, eso esperaba, tomando un refresco mientras hacía tiempo, tratando de sentirse ajena a aquel escenario sucio y ruidoso, donde hombres dudosos y mujeres demasiado resueltas pedían a voz en grito café o cerveza, dejando en el piso lleno de papeles sus bolsas o maletas gastadas. Mientras, ella, discreta y silenciosa, aguardaba impaciente la llegada de su novio, que iba a coger el autobús para volver al cuartel después de un corto permiso de tres días, y por ello estaba allí, aguardando su llegada para una despedida más, que anhelaba ardiente y amorosa y, a la vez, detestaba, pues sentía que se lo quitaban, que esa obligación era inútil, absurda y, sobre todo, cruel para dos jóvenes enamorados que solo desean estar juntos, planeando un futuro

hogareño y cálido, con hijos pequeños correteando por el pisito barato construido a las afueras de la ciudad.

Miraba a menudo el reloj de la estación, que se divisaba tras los cristales de la cantina, sintiendo la burla del tiempo que hace pasar los minutos como horas a medida que la inquietud crece, siempre a la inversa de nuestros deseos, como si el tiempo o el reloj lo supieran, y quisieran siempre reírse de nosotros, corriendo o lentificándose a contrapié de nuestras esperanzas. Eso pensaba ella mientras miraba a través del cristal aquel inmenso reloj que avanzaba tan lento que parecía parado, y trataba de no mirarlo porque se imaginaba que así el tiempo, o lo que fuera, dejaría de estar pendiente de ella para burlarse y correría a su ritmo normal, el que regía para todo el mundo y no para los enamorados, ese mundo de afuera que no esperaba a nadie o no disfrutaba de unos momentos cálidos con el novio. Y ella se concentraba en el recalentado refresco que tenía en el vaso, o en la puerta otra vez, por donde no aparecían más que seres vulgares y apresurados que entraban a aquel ruidoso bar de la estación a tomarse algo o para ir al servicio, mientras echaban una ojeada impertinente y a veces procaz a aquella joven del rincón.

Cuando veía a un muchacho vestido de uniforme, el corazón le daba un vuelco porque creía verle, pero solo era uno más vestido de militar que iba a coger el autobús para volver al regimiento después de un breve permiso, pues siempre son breves los permisos para quien está encerrado entre muros altos. Pero no, aquel joven no era su novio, al que no veía

desde hacía dos días porque habían reñido, nada importante, pequeñas diferencias sobre algún asunto intrascendente que se enreda y acaba aflorando una irritación inesperada que termina de forma brusca y que luego, en frío, los jóvenes lamentan y no se explican, y por eso ella esperaba con mayor ansiedad su llegada, para despedirse y dejar tranquilo su corazón. Aunque se fuera o precisamente porque se iba, deseaba dejar las cosas claras, que no había pasado nada, que ella le quería igual o más que antes, que si se habían gritado era porque a veces se pierden un poco los nervios, pero eso no tenía importancia para ella. Ya se sabe que los enamorados comienzan a veces hablándose muy quedo, sintiendo cercanos sus labios y sus alientos, susurrándose las palabras como bombones dulcísimos con las manos entrelazadas y las miradas cristalinas y jóvenes, fascinadas en su burbuja de cristal, y a veces, sin explicárselo ni entenderlo, una palabra inexacta, un matiz impropio, una omisión inoportuna, rompe el hechizo y todo salta en pedazos, y lo que era un camino de rosas se convierte en un pedregal que se complica más y más hasta llegar al adiós brusco que luego el tiempo —esta vez sí, aliado de los amantes— despeja como a los nubarrones que han descargado su tormenta y ofrece un cielo límpido y fresco.

Ella le esperaba allí en el rincón, cansada de aquel lugar lleno de moscas y humo, de aquellas mesas y sillas marrones e incómodas, cansada de mirar aquel inmenso reloj y aquella puerta atravesada por seres presurosos y aburridos, cansada de esperar y esperando solo a una persona que no llegaba, pero

el tiempo corría y solo faltaban diez minutos para que saliera el autobús, y ya estaba ansiosa porque seguía sin aparecer, y su autobús iba a salir de un momento a otro y ella no podría despedirle apenas. Llegaría justo de tiempo y todo lo que su corazón deseaba decirle después de aquellos dos días de silencio y tristeza se quedarían en nada, en apenas un beso que le sabría a menos que nada, sin poder explicarle que había llorado pensando en la tarde que acabó con aquel adiós brusco y amargo, que había pensado en él a todas horas y le había perdonado y le había deseado más que nunca, y por eso había ido con tanta antelación a aquella cantina de autobús, para confiarle sus sentimientos, que seguían aún más firmes y claros que antes, para besarle largamente por aquellos dos días que había estado ausente de su vida y decirle que no le podía olvidar, que hubo momentos en que el corazón parecía que se le rompía, y seguro que lloraría y le besaría y le abrazaría, sin importarle el griterío de aquella gente de paso cuyos sentimientos ignoraba, porque solo le importaba él y saber que le seguía queriendo, que se iría al cuartel con su beso en los labios, con su rostro en la mirada, con su voz en el corazón...

Faltaban cuatro minutos y él apareció en la oscura puerta de la cantina de aquella triste estación de autobuses.

# TROZOS DE UNA VIDA

*Lourdes Sánchez García*



**H**oy he roto mi vida, la he roto en trocitos. Me costó mucho tomar la decisión, quizás demasiado, pero cuando lo tuve claro, la ejecución fue rápida y sencilla. Ahora solo quedaba deshacerme de ella. Pensé que esto era lo fácil; lo importante, romper tu vida, ya estaba hecho, y eso que romper una vida cuesta tiempo y duele.

Cogí todos los trocitos y los ahogué en un cubo. Los dejé en remojo toda una noche para que fuera más fácil tirarlos por el váter y les puse gel, para que el jabón borrara la tinta. A la mañana siguiente, fui rápidamente a ver qué había pasado y vi que algunos trozos aún flotaban en el agua y que la tinta, con el gel, se había vuelto más brillante y que relucían más que el día anterior, cuando todavía estaban “sequitos”, apulgarados y macilentos por el paso del tiempo. Otros trozos se habían compactado y eran como una masa blanda y pesada que mucho me temía pudiera pegarse al fondo del váter y atascarlo, o

bien que los flotantes volvieran a la superficie. Recordé en un momento todas las escenas de cine en las que el váter es el protagonista y devuelve la sangre del muerto o reaparecen las huellas de un crimen. Esta vez, en vez de rojo sanguíneo, lo que emergería sería de un intenso azul. No sabía qué hacer, no podía dejar aquello a medias; ya que había acabado con mi vida, no podía dejar aquel cuerpo descuartizado en cualquier sitio, pero ¿qué hacer con aquel cubo lleno de casquería que pesaba tanto? ¿Y si en la noche la muerte me sorprendía? Tenía que darme prisa. ¡Bien!, lo tiraré a la basura en una bolsa bien cerrada y ya está. Pero ¡quedaría tan expuesta a la vista de todos que me dio miedo! ¡Qué horror!

Ya se sabe que las bolsas se rompen con facilidad y la avidez por la miseria ajena me espantaba. Tenía que pensar otra alternativa. Mientras tanto, escurrí con cuidado la tinta azul y llevé el cubo hasta el jardín y extendí, para que se secaran al sol, los trocitos, o mi vida, no sé. Cuando me desperté en esa segunda noche me fui directa al jardín a ver si se habían secado y ¡todo...!, ¡lo veía todo!, incluso lo que olvidé. Leí con claridad aquella maldad de adolescente, el sueño premonitorio que callé, fechas, las odiadas y las deseadas, el llanto por el amor perdido... ¡Y estaban por todos lados!, en los espacios en blanco... en los márgenes... en las entrelíneas. Unas veces al revés, otras de costado, al derecho, sobre lo escrito, en los bordes; por todas partes aparecían palabras nuevas, cargadas de sentido, y nuevas lecturas se podían hacer. Odio era ahora *oodio* y también *odiiio* y, por otro lado, *diooo* y Pérez era *Peereez*

y *peez* y... ¡Una locura! Cada vez estaba más nerviosa, ¡aquel cuerpo descuartizado hablaba en dupla! Como una letanía del propio diablo. ¡Quemarlo!, esa era la solución, la solución definitiva siempre funcionó. Lo había pensado al principio, pero aquellos días estaba muy imbuida en el cine y recordé a Mary Poppins recogiendo los trozos de una carta rota que subían por la chimenea y desistí, me incliné, malamente, por el ahogamiento.

Busqué dónde poder quemar la vida, o los trocitos, ¡qué más daba ya! Lo que quería era deshacerme de aquello cuanto antes. En la chimenea no, mucho olor a papel quemado y después tendría que recoger las cenizas. Mejor en la barbacoa; desistí de nuevo, aunque ya no me interesaba esa vida, tampoco se merecía un final así, oliendo a salchichas y a magro de cerdo. En la olla exprés no, en la paellera tampoco, ¡nada de guisos! En una maceta, ¡sí, sí, ahí se quemaría bien!, mucho más noble en barro, con olor a margaritas y a claveles no nacidos.

Puse todo aquello que me enseñaba una y otra vez lo que no quería ver en una maceta grande y lo rocié con mucho alcohol de quemar y pastillas de encendido rápido. Más tranquila ya, me senté a esperar que se quemara. Se quemó la primera tanda, la superficie, pero ¡los trozos apelmazados y compactos no ardían! Seguían húmedos por dentro por la noche de baños. Busqué por la casa todo lo que tenía alcohol, incluso el vino de guisar y más pastillas y ramitas secas y carbón de barbacoa, y removí aquel amasijo una y otra vez. Las cenizas

subían hacia arriba con el viento y caían sobre mí como un manto negro. Y lloré, lloré tanto que temí se apagara el fuego. Y salió la rabia. ¿Cómo que no?, ¿cómo que no voy a ser capaz de deshacerme de mi vida? Me puse de pie y con un pincho de hierro, este sí de barbacoa, fui despegando pacientemente los costrones, ya casi de piedra, para que ardieran bien.

Lo conseguí al fin. Exhausta y ennegrecida y resoplando, me senté de nuevo y descansé un rato. ¡Lo conseguí! Volví a la casa y, cuando ya iba a entrar, oí como la maceta hizo ¡crac! Y se rajó, el barro no resistió tanto ardor. “¡Bueno!, mi vida bien vale una maceta”, pensé. Un corto chaparrón apagó del todo las cenizas y allí las dejé en la maceta rota, ya se las llevaría el jardinero.

¡Qué difícil es deshacerse de una vida!

*M*ICRORRELATOS  
FINALISTAS  
2022

## EL VIEJO RELOJ

*Lisidoro Ropero Campana*



**T**odos lo ignoraban. Se retrasaba y la hora nunca coincidía con el número de campanadas. Velaba por él el viejo Matías. Cada día encajaba la manivela y le daba cuerda. Era un ritual que hacía con delicadeza e inadvertido para el resto de la casa. Nunca intentó corregirlo. Son cosas de la edad, lo justificaba, también es viejo. Y el reloj caminaba por el tiempo con sus sonos cansados, desfasados, rotos, ajeno a la atención y a las miradas. Un día el reloj se paró definitivamente y nadie lo advirtió, nadie, hasta que el olor a muerto se hizo insoportable.

# NUNCA Y SIEMPRE

*Juan Manuel López Gallardo*



- Nunca coincidió con Siempre:
- Nunca pensé que nos encontraríamos.
  - Yo, sin embargo, siempre tuve esperanza.
  - Nunca imaginé que esto pudiera ocurrirme.
  - Yo siempre deseé que sucediera.
  - Nunca te he dado pie a nada.
  - Desde que te conocí siempre has estado en mi pensamiento.
  - Eres un exagerado. Eso nunca me lo podré creer.
  - ¿Por qué no? Siempre me has gustado, eres muy hermosa.
  - Nunca nadie me había dicho eso.
  - Siempre hay una primera vez.
  - Espero que nunca tenga que arrepentirme.
  - No debes preocuparte, yo siempre te querré, o para decirlo con tus propias palabras, yo nunca dejaré de quererte.

## PALABRAS

*M.<sup>a</sup> Luisa Pérez Rodríguez*



**L**a niña oía palabras. Todos los días aprendía alguna. En la voz de Germán, su padre, escuchaba la más frecuente: “Tú te callas.” Su madre, María, siempre respondía con el absoluto silencio. Ella a veces cantaba, pero poco. Germán, una mañana, notó dolor en el pecho y un fuerte ahogo. “¡Llama al médico!”, le gritó a su mujer. A la niña se le oyeron decir de forma muy clara tres palabras: “Tú te callas.” Y María, su madre, obedeció una vez más.

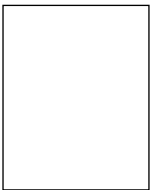
# SANTORAL

*Miguel Blanco Rodríguez*



**M**i hermana tuvo que haberse llamado como la santa del día, pero a mis padres no les gustaba y se fueron a lo fácil: “Como la abuela”, dijeron. Escoger el de una significaba menospreciar a la otra, así que a mi pobre hermana la bautizaron con dos nombres, a cuál más feo.

A pesar de ello, es muy buena. Tanto, que —cuando mamá duerme la siesta— pone la cabeza en su barriga y me dice en voz baja que, por si acaso, con los abuelos que tenemos, mejor que aguante y no salga hasta el día de San Juan.



Tipos de papel utilizados en esta publicación:

Cubierta: estucado mate de 300 g comercializado por Unión Papelera

Interior: *offset* de 120 g comercializado por Unión Papelera

Estos papeles provienen de bosques regenerados de forma sostenible.  
Certificación de la Cadena de Custodia para el seguimiento del material a lo largo de todo el proceso de producción.



El Concurso de Relatos escritos por personas mayores que organiza la Fundación "la Caixa" en colaboración con Radio Nacional de España pretende fomentar el hábito de la lectura, el desarrollo de la creatividad y el uso de la imaginación en las personas mayores, así como hacer visibles y compartir con la sociedad sus habilidades, conocimientos y valores.

Los relatos escritos por personas mayores son el reflejo de sus vidas y del conocimiento acumulado en años de experiencias, y también de cómo observan nuestra historia y nuestro tiempo.

## Programa de Personas Mayores

En colaboración con RNE,  
a través de su programa Juntos paso a paso

**rne**



**Fundación "la Caixa"**